

Estudio del Evangelio de San Lucas

1	Aspectos generales	2
1.1	El autor.....	2
1.2	Canonicidad.....	3
1.3	Fecha de composición.....	3
1.4	Contenido	4
1.5	Características literarias y teológicas.....	5
2	El “Prólogo de San Lucas” (1,1-4).....	5
2.1.1	Testigos oculares.....	5
2.1.2	Me pareció.....	5
2.1.3	Teófilo	5
3	Infancia de Juan Bautista y de Jesús (1,5-2,52)	6
3.1	Anunciación del ángel a Zacarías (1,5-17)	6
3.2	Anunciación del ángel a Santa María (1, 26-38).....	8
3.3	La Visitación de María a Isabel (1,39-56)	11
3.4	El Cántico de María (1,46-55).....	12
3.5	Nacimiento de Jesús en Belén (2,1-20).....	14
3.6	Presentación de Jesús en el Templo (2,21-40)	18
3.7	El cántico y la profecía de Simeón (2,25-33).....	20
3.8	La Sagrada Familia en Nazaret (2,39-40)	22
3.9	El Niño en el Templo (2,41-50)	23
3.10	Vida oculta de Jesús en Nazaret (2,51-52).....	24
4	Ministerio entre Galilea y Jerusalén (9,51-19,27).....	25
4.1	Salida de Galilea y misión de los discípulos (9,51 – 10,24)	25
4.1.1	Los campesinos samaritanos (9, 51-56)	25
4.1.2	Seguir a Jesús sin condiciones (9,57-62).....	26
4.1.3	La misión de los setenta y dos discípulos y su regreso (10,1-24).....	27
4.2	Hacia la vida eterna (10,25-11,23)	29
4.2.1	La parábola del buen samaritano (10,25-37).....	29
4.2.2	En casa de Marta y María (10,38-42).....	31
5	Pasión del Señor	31
5.1	Cronología de la Pascua.....	31
6	La Cena Pascual (22,1-3).....	32
6.1	Conspiración y traición (22,1-6).....	32

6.2	Jesús envía a Pedro y a Juan para preparar la Pascua (22,7-13)	32
6.3	La última cena (22,14-20).....	33
6.4	El traidor descubierto; promesas a los otros discípulos (22,21-30).....	34
6.5	Anuncio de las negaciones de Pedro (22,31-38)	35
7	La Pasión.....	36
7.1	Oración y agonía en Getsemaní (22,39-46)	36
7.2	El arresto de Jesús (22,47-53)	37
7.3	La negación de Pedro y su arrepentimiento (22,54-62).....	38
7.4	Ultrajes de la guardia y comparencia ante el Sanedrín (22,63-71)	38
7.5	Jesús ante Pilato (23,1-7)	39
7.6	Jesús ante Herodes (23,8-12).....	39
7.7	Jesús de nuevo ante Pilato (23,13-25)	40
7.8	Camino del Gólgota y crucifixión (23,26-38).....	41
7.9	Súplica de un malhechor y muerte de Jesús (23,39-49).....	43
7.10	La sepultura de Jesús (23,50-56).....	45
8	La Resurrección del Señor.....	45
8.1	Sinopsis de los acontecimientos de la Resurrección.....	45
8.2	Estructura del capítulo 24 de San Lucas	46
8.3	Las mujeres en la tumba (24,1-12)	46
8.4	La aparición a los discípulos de Emaús (24,13-35).....	47
8.5	Jesús se aparece a los apóstoles y les instruye (24,36-49).....	49
8.6	La Ascensión del Señor (24,50-53)	50
8.7	La Ascensión de Jesús en los Hechos de los Apóstoles (1,1-11).....	50

1 Aspectos generales

1.1 *El autor*

Sabemos por la Tradición que San Lucas nació en Antioquía de Siria. Parecen confirmarlo los Hechos de los Apóstoles, que lo muestran como gran conocedor de la iglesia de Antioquía. San Lucas procede, pues, de la gentilidad, no del judaísmo; así lo da a entender San Pablo en el epílogo de la carta a los fieles de Colosas (Cf. Col, 4,10-14), cuando distingue entre Aristarco, Marcos y Jesús, “que son de la circuncisión, y Epafras de Colosas, Lucas el médico amado y Demas.

Ignoramos cuándo se convirtió, aunque es posible que muy pronto; pero en todo caso no fue testigo directo de la vida del Señor, ya que el mismo San Lucas, en el prólogo de su Evangelio, se excluye de los que han sido testigos oculares de la predicación de Cristo

En los Hechos de los Apóstoles, Lucas aparece como discípulo y compañero de San Pablo; narra ciertos acontecimientos el primera persona del plural, incluyéndose entre los componentes de esos viajes. Por ejemplo, para anunciar el Evangelio va con el Apóstol a Macedonia (Cf He 16,10ss); en esta región,

en la ciudad de Filipos, Pablo y Silas son azotados, encarcelados y finalmente expulsados de la ciudad; al narrar estos hechos San Lucas habla en tercera persona, lo que indica que no participó en ellos, sino que permaneció en Filipos (Cf. He 16,19ss). Aquí se volvería a juntar con San Pablo; a su regreso (Cf. He 20,4ss) le acompañaría a Jerusalén y visitaría a Santiago y a los presbíteros (Cf He 21,15-18). Más tarde va también a Roma con San Pablo cuando el Apóstol apela al César (Cf, He 27,2ss).

En la segunda Epístola a Timoteo, San Pablo afirma que sólo Lucas está con Él durante su segunda cautividad en Roma (Cf 2 Tim 4,11) y en Filemón 24 le cuenta entre sus colaboradores.

Una antigua tradición dice que San Lucas predicó el Evangelio en Bitinia y Acaya después de la muerte de San Pablo. Y el Martirologio Romano señala que “habiendo padecido mucho por el nombre de Cristo, murió lleno del Espíritu Santo.

1.2 Canonicidad

Desde los primeros tiempos la Iglesia ha considerado el Evangelio de San Lucas como libro sagrado: se leía en los leccionarios antiguos y aparece en los elencos más antiguos de los libros canónicos, que la Iglesia ha recibido como inspirados por Dios. Así, en el siglo IV, el Concilio de Laodicea ordena que se lean públicamente en la Iglesia sólo los libros canónicos del Antiguo y Nuevo Testamento; entre estos se encuentran los “cuatro Evangelios: según Mateo, según Marcos, según Lucas, según Juan”. Lo mismo dirán los Concilios de Hipona y III de Cartago, ambos de finales del siglo IV (EB n 12).

El *Decreto del Papa San Dámaso*, que recoge las actas del Concilio Romano del año 382, vuelve a incluir en las listas de los libros sagrados “un libro de los Evangelios según Mateo, un libro según Marcos, un libro según Lucas, un libro según Juan” (DS 180).

A principios del siglo V el Papa San Inocencio I contestaba con la carta *Consulenti tibi* a algunas cuestiones sobre las que había pedido parecer Exuperio, Obispo de Tolosa; y, a propósito del canon de la Sagrada Escritura, le indica en un anexo los logros que la componen; entre ellos figuran los cuatro Evangelios (EB 21).

El Decreto *Pro Iacobitis* contiene una profesión de fe suscrita por los jacobitas en el Concilio de Florencia (siglo XV); se afirma que “bajo la inspiración del mismo Espíritu Santo hablaron los santos de uno y otro Testamento”; y a continuación se enumeran detalladamente todos los libros de la Sagrada Escritura. Al comenzar los del Nuevo Testamento, dice así: “Los cuatro Evangelios, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan; (...) los Hechos de los Apóstoles, escritos por el evangelista Lucas...” (EB 47).

El Concilio de Trento, en su *Decreto sobre los libros sagrados y las tradiciones apostólicas* (año 1546) define solemnemente el canon de los libros sagrados. Para evitar dudas incluye el índice completo de tales libros, consignando los santos Evangelios en la forma ya tradicional: “Los cuatro Evangelios según Mateo, Marcos, Lucas y Juan”. El Concilio termina el decreto con esta fórmula solemne: “Y si alguien no recibiera por sagrados y canónicos estos libros íntegros con todas sus partes, según ha sido costumbre leer en la Iglesia Católica..., sea anatema” (EB 59-60).

1.3 Fecha de composición

Según la Tradición cristiana es claro que San Lucas escribió su Evangelio después de San Mateo y de San Marcos. Apoyándose en este dato, los documentos del Magisterio de la Iglesia lo citan en tercer lugar. Según una *Respuesta* de la Pontificia Comisión Bíblica del 26 de junio de 1912 se habría escrito con anterioridad a la caída de Jerusalén el año 70 en poder de las tropas romanas (EB 395).

La Pontificia Comisión Bíblica se fundaba en que San Lucas, en el prólogo de los Hechos, menciona expresamente su primer libro, el Evangelio. Por tanto es evidente que el Evangelio es anterior al libro de los Hechos. Por otro lado, éste termina describiendo la situación de San Pablo en vísperas de ser libertado de su primera cautividad romana; esto parece indicar que San Lucas acabó entonces la redacción de los Hechos. Como la fecha de la liberación de San Pablo de su primera cautividad en Roma fue el año 63, el Evangelio de San Lucas debió de escribirse lo más tarde el año 62 ó 63. Otros autores se inclinan a fijar la fecha de composición del Evangelio de San Lucas entre los años 67-80, por varias razones, entre ellas que

el dato de que Hechos no diga nada después de la cautividad de Pablo, no exige que fuera entonces cuando se terminara de escribir.

1.4 Contenido

Casi la mitad del contenido del Evangelio de San Lucas no aparece en los otros tres Evangelios. Como propio de San Lucas destacan los relatos de la infancia de Jesús (Caps 1 y 2); la presentación de muchos episodios del ministerio público del Señor en el marco de un largo viaje de Galilea a Jerusalén (Lc 9,51-19,28: esta sección se llama comúnmente “la gran inserción de Lucas”.); y algunas parábolas, como por ejemplo la del hijo pródigo (Lc 15,11-32.), la del administrador infiel (Lc 16, 1-13), la de Lázaro y el rico Epulón (Lc 16,19-31) y también es propio de San Lucas el relato de la aparición de Jesús resucitado a los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35).

El orden que sigue San Lucas en la redacción de su Evangelio es similar sobre todo al de San Marcos, y puede distribuirse según el siguiente esquema:

1. Breve prólogo, en que expone la finalidad del libro y fuentes que ha usado (Lc 1,1-4).
2. Dos largos capítulos, a los que se suele llamar “evangelio de la Infancia de Jesús” por su contenido (Lc 1,5-2,52). Los relatos de la infancia de Jesús en San Lucas y en San Mateo se complementan mutuamente, pues cada Evangelio se fija en distintos momentos y acontecimientos del nacimiento y de los primeros años del Salvador.
3. Preparación de Jesús para su ministerio público, por medio del bautismo de manos de Juan y del ayuno en el desierto, donde es tentado por el diablo.
4. Extenso ministerio público de Jesucristo en Galilea, donde comienza su predicación, realiza muchos milagros, elige a los Doce, los va formando, surgen las primeras reacciones de incompreensión y repulsa por parte de escribas y fariseos en contraste con la adhesión del pueblo, le siguen los discípulos, y Pedro confiesa que Jesús es el Mesías. En esta sección se narran también otros episodios importantes como las Transfiguración del Señor y las dos primeras predicciones de la Pasión y Resurrección (Lc 4,14-9,50).
5. Característico de San Lucas es el conjunto de narraciones enmarcadas como en un largo caminar del Señor desde Galilea hasta Jerusalén, que abarca unos diez capítulos de su Evangelio (Lc 9,51-19,27). En esta sección encontramos una buena parte de la predicación de Nuestro Señor, dirigida a los discípulos, a las muchedumbres e incluso a los escribas y fariseos. Así, exhorta a la mansedumbre y a la misericordia (p.ej., en la parábola de la oveja perdida y del hijo pródigo), y a la confianza en la divina Providencia. Encontramos la doctrina fundamental de Cristo sobre la humildad, sobre la sinceridad, la pobreza (p.ej., en la parábola del rico Epulón), la penitencia, sobre la aceptación de la cruz de cada día, la necesidad de ser agradecidos (episodio de los diez leprosos), de evitar el escándalo y del deber de perdonar al prójimo. También se recogen aquí otras enseñanzas de Jesús: acerca de la oración (p.ej. el Padrenuestro), de la disposición para rendir cuentas a Dios en todo momento, de la necesidad de la fe y de la conversión sincera para alcanzar la salvación (p.ej. el episodio del ciego de Jericó y el del publicano Zaqueo), y, siempre, el ejemplo vivo del Maestro, al que debe imitar el discípulo de Jesús. Toda esta enseñanza está entrelazada con episodios de la vida de Nuestro Señor (como la misión de los setenta y dos discípulos) y la realización de milagros que confirman su doctrina. Asimismo, esta larga sección contiene el anuncio de futuras persecuciones a los discípulos, la profecía de la destrucción de Jerusalén por su endurecimiento frente a la misericordia divina, y la tercera predicción de la Pasión y Resurrección.
6. El Evangelio de San Lucas se ocupa a continuación del ministerio público de Jesús en Jerusalén (Lc 19,28-21,38), con un contenido parecido al de los otros dos Sinópticos. Jesús entra en la Ciudad Santa aclamado por el pueblo, arroja del Templo a los vendedores y se defiende de las acusaciones de sus adversarios, que le dan ocasión de exponer la doctrina sobre la naturaleza del Reino de Dios (cuestión del tributo al César) y sobre la resurrección de los muertos. Se encuentra aquí el llamado “discurso escatológico” sobre la destrucción futura de Jerusalén y el fin de los tiempos.

7. Finalmente, los relatos de la Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión (Caps. 22 a 24). Algunos sucesos han sido sólo transmitidos por San Lucas, como son el sudor de sangre durante la agonía de Getsemaní, la promesa del Paraíso al buen ladrón y la aparición del Resucitado a los discípulos en Emaús.

Nacimiento e infancia	Mateo		Lucas (1,5-2,52)
Ministerio en Galilea	Mateo	Marcos	Lucas (3,1-9,50)
Ministerio entre Galilea y Jerusalén	Lucas (9,51-19,27)		
Ministerio en Jerusalén	Mateo	Marcos	Lucas (19,28-21,38)
Pasión y Resurrección	Mateo	Marcos	Lucas (22-24)

1.5 Características literarias y teológicas

Ya San Jerónimo observaba que Lucas manejaba la lengua griega con más perfección gramatical que los otros evangelistas (Cfr. *Epístola* 20, 4). En efecto, de ordinario evita las palabras y expresiones hebreas, arameas y latinas, sustituyéndolas por sus equivalentes griegas. San Lucas suele transcribir de una manera más fina y correcta los modismos vulgares. Por otro lado silencia detalles que pudieran ser molestos para algunas personas, o escenas de cierta crudeza. Estos y otros detalles manifiestan la delicadeza y exquisitez de su espíritu.

Otra característica notoria de San Lucas es su acusada sensibilidad por perfilar bien el marco histórico de ciertos hechos (Cfr. P.ej. Lc 2,1 22; 3, 1; 8,3.). Lucas narra algunos hechos desde una perspectiva peculiar: quizá lo más característico sea la presentación de la vida de Cristo en la tierra como un caminar hacia Jerusalén, desde donde, en el día de la Ascensión, subirá al Cielo, del cual la Ciudad Santa era su figura terrestre. Destaca también la universalidad del Evangelio y de la Iglesia; la divinidad de Cristo Profeta y Salvador; la figura entrañable de Santa María; algunos aspectos de la vida cristiana, como el espíritu de pobreza, la oración perseverante, la misericordia, la alegría, etc.

2 El “Prólogo de San Lucas” (1,1-4)

Ya que muchos han intentado poner en orden la narración de las cosas que se han cumplido entre nosotros, ²conforme nos las transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, ³me pareció también a mí, después de haberme informado con exactitud de todo desde los comienzos, escribírtelo de forma ordenada, distinguido Teófilo, ⁴para que conozcas la indudable certeza de las enseñanzas que has recibido.

2.1.1 Testigos oculares

Los “testigos oculares” a que se refiere el Evangelista pudieron ser la Santísima Virgen, los Apóstoles, las santas mujeres y otras personas que convivieron con Jesús durante su vida en la tierra.

2.1.2 Me pareció...

Cuando dice “me pareció” no excluye la acción de Dios; porque Dios es quien prepara la voluntad de los hombres.

2.1.3 Teófilo

Dedica su Evangelio a Teófilo, esto es, a aquel a quien Dios ama. Pero si amas a Dios, también para ti ha sido escrito; y si ha sido escrito para ti, recibe este presente del Evangelista, conserva con cuidado en lo más íntimo de tu corazón esta prenda de un amigo (SAN AMBROSIO,

Exposición del Evangelio según Lucas. (a partir de aquí nos referiremos a esta obra citándola abreviadamente: “Expositio”).

3 Infancia de Juan Bautista y de Jesús (1,5-2,52)

Esta parte del Evangelio de San Lucas contiene los siguientes pasajes

1. Anunciación del ángel a Zacarías (1,5-17)
2. Anunciación del ángel a Santa María (1, 26-38)
3. Visita de Nuestra Señora a su prima Santa Isabel (1,39-56)
4. Nacimiento de Jesús en Belén (2,1-7)
5. Adoración de los pastores (2,8-20)
6. Presentación del Niño en el Templo y encuentro con el anciano Simeón (2,22-38)
7. El Niño perdido y hallado en el Templo (2,29-32)

San Lucas recoge también cuatro profecías en forma versificada, que la liturgia de la Iglesia recoge como himnos:

1. El *Magnificat* de Santa María (1,46-55).
2. El *Benedictus* de Zacarías (1,67-79).
3. El *Gloria* de los ángeles (2,14).
4. El *Nunc dimittis* de Simeón (2,29-32).

3.1 Anunciación del ángel a Zacarías (1,5-17)

⁶*Ambos eran justos a los ojos de Dios*

Justicia, en la Sagrada Escritura, significa santidad, perfección moral. Esta alabanza del Evangelio a Zacarías e Isabel, padres de San Juan Bautista, la comenta de esta manera San Ambrosio:

Porque no todo el que es justo ante los hombres es también justo ante Dios, porque una es la manera de mirar de los hombres y otra la de Dios: los hombres ven en lo exterior, pero Dios ve en el corazón. Puede ocurrir que alguien parezca justo por falsa virtud y cara a la gente, y no lo sea ante Dios si su justicia no nace de la sencillez de alma, sino que se simula por parecer bien. La perfecta alabanza consiste en ser justo ante Dios, porque sólo puede llamarse perfecto aquel que es probado por quien no puede engañarse (Expositio).

¹⁰*Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso.*

Los ángeles son espíritus puros, no tienen cuerpo; por tanto, no se parecen a los hombres tal y como son, sino manifestándose en las formas que Dios dispone para que puedan ser vistos por aquellos a quienes los envía. Los espíritus angélicos, además de adorar y servir a Dios, son mensajeros divinos e instrumentos de la Providencia de Dios a favor de los hombres; por eso en la Historia de la Salvación intervienen tan frecuentemente y la Sagrada Escritura deja constancia de ellos en muchos pasajes (por ejemplo, Hebreos 1,14).

El nacimiento de Cristo es tan importante que en torno a él la intervención de los ángeles se muestra de modo singular. En este caso concreto, como en el de la Anunciación a María, será el arcángel San Gabriel el encargado de transmitir el mensaje divino.

No sin razón apareció el ángel en el Templo, porque con ello se anunciaba a cercana venida del Verdadero Sacerdote y se preparaba el Sacrificio celestial al cual habían de servir los ángeles. No se dude, pues, que los ángeles asistirán cuando Cristo sea inmolado (Expositio).

¹³ Pero el ángel le dijo: No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada, así que tu mujer Isabel te dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Juan.

El motivo del temor de Zacarías ante la presencia de Gabriel no es tanto la superioridad del ángel sobre el hombre como el que en aquél se trasparenta la grandeza de la Majestad divina. Más adelante veremos como también María se “turba” ante el saludo del ángel.

La oración continua de Zacarías no sabemos cuál era. Quizás, como sacerdote del Templo, pedía a Dios la venida del Mesías. Quizás, como esposo de una mujer estéril, pedía a Dios su curación, pues, para la mentalidad judía, la esterilidad era un castigo de Dios. Fuera una cosa o la otra, lo cierto es que ambas se cumplirían: Isabel sería madre, y madre del Precursor del Mesías.

El nombre de Juan (“Ioannês” en griego, “Yohânân” en hebreo) significa “Yavé es favorable” o “Yavé es misericordioso”. La elección de este nombre es manifestación clara de que ya es inminente “la plenitud de los tiempos” (Gal 4,4), por la que habían suspirado los justos de Israel (Cfr Jn 8,56; Heb 11,13).

¹⁴ Será para ti gozo y alegría; y muchos se alegrarán en su nacimiento, ¹⁵ porque será grande ante el Señor; no beberá vino ni licor, será lleno del Espíritu Santo ya desde el vientre se su madre ¹⁶ y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios; ¹⁷ e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y a los desobedientes a la prudencia de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo perfecto.

En este versículo San Lucas introduce el tema de “la alegría de la salvación”, que es una novedad y una característica del cristianismo. Aparece dos veces más en este primer capítulo (Versículos 44 y 47). También hay alegría en el saludo del ángel a María (1,28). Lucas, además, ha acentuado en las Bienaventuranzas (6,23) y en otros pasajes, la “alegría” de los perseguidos: la vuelta de los discípulos (10,17.20), el gozo de Jesús (10,21), una curación (13,17), la oveja y la moneda encontradas, el retorno del hijo pródigo (15,6s.32). También la alegría de Zaqueo al recibir a Jesús (19,6) y obviamente, la alegría pascual de los discípulos en Jesús en Jerusalén (14.41-52). A nadie debe sorprender que la fe cristiana sea gozosa, cuando se ha comprendido que el Evangelio es la proclamación de la buena nueva de la salvación.

El arcángel San Gabriel anuncia a Zacarías los tres motivos de gozo por el nacimiento del niño: primero, porque Dios le concederá una santidad extraordinaria (v. 15); segundo, porque será instrumento para la salvación de muchos (v. 16), y tercero, porque toda su vida y actividad serán una preparación para la venida del Mesías esperado (v. 17).

En San Juan Bautista se cumplen dos anuncios proféticos de Malaquías, en los que se dice que Dios enviará a un mensajero delante de Él para prepararle el camino (Mal 3,1;4,5-6). Juan prepara la primera venida del Mesías, de manera semejante a como Elías lo hará cuando se aproxime la segunda. Por eso Cristo dirá: “¿Qué habéis salido a ver? ¿Un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Éste es de quien estaba escrito: “He aquí que yo envío delante de ti mi mensajero, que vaya preparándote el camino” (Lc 7,26-27).

¹⁸ Entonces Zacarías dijo al ángel: ¿Cómo podré yo estar cierto de esto?, pues ya soy viejo y mi mujer de edad avanzada.

La incredulidad de Zacarías y su pecado no consisten en dudar de que el anuncia viene de parte de Dios, sino en considerar solamente la incapacidad suya y de su mujer, olvidándose de la omnipotencia divina. El mismo arcángel explicará a la virgen, refiriéndose a la concepción del Bautista, que “para Dios no hay nada imposible”(Lc 1,37). Cuando Dios pide nuestra colaboración en una empresa suya, hemos de contar más con su omnipotencia que con nuestras escasas fuerzas.

19 Y el ángel le dijo: Yo soy Gabriel, que asisto ante el trono de Dios, y he sido enviado para hablarte y darte esta buena nueva.

“Gabriel” significa “Fortaleza de Dios” o bien “Hombre de Dios”. Al arcángel San Gabriel Dios le encomendó el anuncio de los acontecimientos relativos a la Encarnación del Verbo. Así, ya en el Antiguo Testamento, anuncia este arcángel al profeta Daniel el tiempo de la venida del Mesías (Dan 8,15-26; 9,20-27).

3.2 Anunciación del ángel a Santa María (1, 26-38)

26 En el sexto mes fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret.

Nazaret era una localidad sin importancia: el Antiguo Testamento, Flavio Josefo y la literatura talmúdica ni siquiera la nombran. Su poca importancia podría haber sido proverbial si se juzga por la opinión popular recogida en el Evangelio de San Juan por boca de Natanael: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?”

27 a una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María.

La expresión *a una virgen* es la traducción literal de “pros parthenon”. “Parthenos” en griego, es la traducción de “almah” en hebreo, que significa doncella, y, por tanto, virgen. Al decir *virgen desposada*, San Lucas parece subrayar la virginidad, como si dijera: *Virgen, aunque desposada*. Porque según la ley judía los desposorios tenían carácter de compromiso y participaban bajo muchos aspectos del estado marital.

El nombre de José tiene dos etimologías, como se desprende de Génesis 30,23-24:

Entonces se acordó Dios de Raquel. Dios la oyó y abrió su seno, y ella concibió y dio a luz un hijo. Y dijo: “Ha quitado Dios mi afrenta”. Y le llamó José, como diciendo: “Añádame Yahvé otro hijo”.

Dios *ha quitado* mi deshonor” (Sal 81,6), o bien “Dios *añade*” (Gen 35,19) otro hijo. En efecto, Raquel, la segunda esposa de Jacob, tendrá dos hijos: José y Benjamín, y morirá en Efrata, Belén, al dar a luz al segundo.

El nombre de María es *Miryâm* en hebreo. Así se llamaba la hermana de Moisés, y era un nombre muy común en el pueblo hebreo, aunque de etimología muy confusa. Los autores de más relevancia están de acuerdo en que María significa “señora”.

Si sabemos que José era de la casa de David, no sabemos la ascendencia de la Virgen, aunque lo más probable es que fuera de la tribu de Leví, como su parienta Isabel (Lc 1,5)

28 y habiendo entrado donde ella estaba, le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.

El saludo del ángel, *salve*, “jaire”, en griego; “ave”, en latín” ha dado lugar a muchas interpretaciones. Por un lado, la más literal, del verbo “jairóo”, en griego, que significa alegrarse, ser feliz. Los romanos decían “ave”, en este sentido, como se ve en la burla que hacen los soldados romanos a Jesús en la Pasión:

Y, trenzando una corona de espinas, se la pusieron sobre su cabeza, y en su mano derecha una caña; y doblando la rodilla ante él, le hacían burlas diciendo: “¡Salve, Rey de los judíos!”(Mt 27,29).

Pero lo más probable es que San Lucas utilice “jaire” en el sentido de alegría mesiánica que tiene en otros libros del Antiguo Testamento, como por ejemplo:

***¡Exulta sin freno, hija de Sión,
grita de alegría, hija de Jerusalén!***

***He aquí que viene a ti tu rey:
justo él y victorioso,
humilde y montado en un asno,
en un pollino, cría de asna
(Zac 9,9. Ver también Jl 2,21-27; So 3,14-20).***

La expresión *llena de gracia* es importantísima, tanto para la piedad cristiana como para la reflexión teológica. De hecho es el fundamento bíblico más importante del dogma de la Inmaculada Concepción.

Es un saludo inusitado, pues no tiene ningún paralelo en toda la Biblia. Los Padres de la Iglesia enseñaron que con este singular y solemne saludo se manifestaba que la Madre de Dios era asiento de todas las gracias divinas y, en consecuencia, jamás estuvo en pecado. La expresión griega que usa San Lucas es “kejaritomene”, un participio pasivo, pretérito de in verbo intensivo y causal, en verbo “jaritoo” que significa “colmar de gracia divina”. La traducción literal sería: “hecha *abundantemente* objeto de la gracia o benevolencia divina”. Por eso, las traducciones protestantes y algunas, que dicen “agraciada”, se quedan cortas.

Finalmente, la expresión *el Señor es contigo* no significa simplemente un deseo (como cuando decimos “vaya Vd con Dios”, sino una realidad: El Señor está *en medio de ti*, como en los textos de los profetas antes citados.

29 Ella se turbó al oír estas palabras, y consideraba que significaría esta salutación.

Se turbó nuestra Señora por la presencia del Arcángel y por la confusión que producen en las personas verdaderamente humildes las alabanzas dirigidas a ellas.

30 Y el ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: 31 concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. 32 Será grande y será llamado hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, 33 reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su Reino no tendrá fin.

Todas las palabras de este mensaje del Arcángel parecen estar cuidadosamente escogidas para que una persona como María, que conocía muy bien las profecías y la historia de su pueblo, entendiera sin duda que el hijo anunciado no iba a ser otro que el Mesías prometido. En concreto, en este texto hay rastros de las siguientes profecías:

Pero Noé halló gracia a los ojos de Yahvé (Gen 6,8)

Y díjole el Angel de Yahvé: Mira que has concebido, y darás a luz un hijo, al que llamarás Ismael, porque Yahvé ha oído tu aflicción (Gen 16,11)

***Dijo Isaías: «Oíd, pues, casa de David:
¿Os parece poco cansar a los hombres,
que cansáis también a mi Dios?
Pues bien, el Señor mismo
va a daros una señal:
He aquí que una doncella está encinta
y va a dar a luz un hijo,
y le pondrá por nombre Emmanuel (Is 7,13-14).***

La mujer dio a luz un hijo y le llamó Sansón. El niño creció y Yahvé le bendijo Jue 13,24)

Concibió Ana y llegado el tiempo dio a luz un niño a quien llamó Samuel, «porque, dijo, se lo he pedido a Yahvé». (1 Sam 1,20)

***Se yerguen los reyes de la tierra,
los caudillos conspiran aliados
contra Yahvé y contra su Ungido:***

*Voy a anunciar el decreto de Yahvé:
El me ha dicho: «Tú eres mi hijo;
yo te he engendrado hoy.»(Sal 2,2-7)*

Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante mí; tu trono estará firme, eternamente.(2 Sam 7, 16).

*Grande es su señorío y la paz no tendrá fin
sobre el trono de David y sobre su reino,
para restaurarlo y consolidarlo
por la equidad y la justicia,
Desde ahora y hasta siempre,
el celo de Yahvé Sebaot hará eso (Is 9,6)*

Y cuando tus días se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza. El constituirá una casa para mi Nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él padre y él será para mí hijo. (2 Sam 7, 12-14)

*A él se le dio imperio,
honor y reino,
y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron.
Su imperio es un imperio eterno,
que nunca pasará,
y su reino no será destruido jamás (Dan 7,14)*

Así pues, María, que conocía bien las Sagradas Escrituras, entiende que el Mesías prometido es el Hijo de Dios, y que ella va a ser su madre.

³⁴ María dijo al ángel: ¿De qué modo se hará esto, pues no conozco varón?

La fe de María en las palabras del arcángel fue absoluta; no duda, como dudó Zacarías (Lc 1,18). La pregunta de María no es *cómo será posible*, sino *cómo será*, con lo que expresa su prontitud para cumplir la voluntad divina ante una situación a primera vista contradictoria: por un lado Ella tenía certeza de que Dios le pedía conservar la virginidad; por otro lado, también de parte de Dios, se le anunciaba que iba a ser madre.

La pregunta-dificultad de María no tendría sentido si no estuviera de por medio su propósito de permanecer virgen, porque ninguna mujer ignora cuál es el camino de la maternidad. La dificultad, en todo caso, la tenemos nosotros para comprender por qué la María decidió ser virgen, pues esta decisión rompía el modo ordinario de proceder de los justos en el Antiguo Testamento, que veneraban el matrimonio y deseaban ardientemente la paternidad y la maternidad en vistas al crecimiento del pueblo de Dios y al nacimiento del Mesías esperado.

Pero la Virgen María también conocía algunos personajes del Antiguo Testamento que, por designio de Dios, habían permanecido célibes, como Elías, Eliseo y Jeremías. El celibato no era desconocido en Israel, y en su tiempo había comunidades enteras, como la de los esenios, que lo vivían.

³⁵ Respondió el ángel y le dijo: El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo, será llamado Hijo de Dios.

La “sombra” es un símbolo de la presencia de Dios. Cuando Israel caminaba por el desierto, la gloria de Dios llenaba el Tabernáculo y una nube cubría el Arca de la Alianza (Ex 40, 34-36). De modo semejante, cuando Dios entregó a Moisés las tablas de la Ley, una nube cubría la montaña del Sinaí (Ex 24,15-16), y también en la transfiguración de Jesús en el monte Tabor se oye la voz de Dios Padre en medio de una nube (Lc 9,35).

La expresión “Hijo de Dios” puede tener dos sentidos: el sentido mesiánico y el sentido trascendente. En el primer caso, llamar a Jesús *Hijo de Dios* no incluiría la declaración de su divinidad, sino sencillamente un apelativo más del Mesías esperado, que describiría la especial unión e intimidad del Mesías con Dios. En el segundo caso, *Hijo de Dios*, en sentido “fuerte”, trascendente, sería la revelación a María de que ese Hijo que concebirá y dará a luz es una persona divina. ¿En qué sentido usó esta expresión el ángel? No lo sabemos; pero pudieran ser los dos.

Hay exegetas que afirman que los versículos 34 y 35 son una interpolación posterior del propio San Lucas, una “contaminación helenística”. Sin estos versículos, en efecto, la concepción y el nacimiento de Jesús pasarían por ser sencillamente humanos, fruto de la unión de María y José. De ser verdad, apenas tendría fundamento bíblico el dogma de la virginidad de María, aunque quedara a salvo el origen divino de Jesús. La verdad es que esta teoría no supera un examen crítico riguroso y en este caso, como en otros, hay que quedarse con la explicación más sencilla: que la Virgen María se lo dijo al mismo San Lucas.

³⁶ Y ahí tienes a Isabel, tu pariente, que en su ancianidad ha concebido también un hijo, y la que era llamada estéril, hoy cuenta ya el sexto mes, ³⁷ porque para Dios no hay nada imposible. ³⁸ Dijo entonces María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y el ángel se retiró de su presencia.

A diferencia de Zacarías, María no pide ninguna señal que confirme el mensaje del ángel; pero Gabriel se lo da: el embarazo milagroso de su prima Isabel, prueba de la omnipotencia divina.

Con la respuesta de María, que muestra su obediencia, Dios obra el misterio de la Encarnación. Dios formó un cuerpo, creó de la nada un alma, y a este cuerpo y alma se unió el Hijo de Dios; de esta suerte, el que antes era sólo Dios, si dejar de serlo, quedó hecho hombre, y María es Madre de Dios. Esta verdad es un dogma de nuestra santa fe, definido en el Concilio de Éfeso (año 431). En ese mismo instante comienza a ser madre espiritual de todos los hombres.

Así, con su “fiat” generoso se convirtió, por obra del Espíritu, en Madre de Dios y también en verdadera Madre de los vivientes, y se convirtió también, al acoger en su seno al único Mediador, en Verdadera Arca de la Alianza y verdadero Templo de Dios (PABLO VI, Ex. Ap. Marialis cultus, n. 6).

El Evangelio nos hace contemplar a la Virgen Santísima como ejemplo perfecto de *pureza* (“no conozco varón”); de *humildad* (“he aquí la esclava del Señor”); de *candor y sencillez* (“de qué modo se hará esto”); de *obediencia* y de *fe viva* (“hágase en mí según tu palabra”). En definitiva, modelo de aquellas virtudes que atraen especialmente la benevolencia de Dios.

3.3 La Visitación de María a Isabel (1,39-56)

Nuestra Señora, al conocer por la revelación del ángel la necesidad en que se encontraba su prima Santa Isabel, próxima ya al parto, se apresura a prestarle ayuda, movida por la caridad. La Virgen no repara en dificultades. Aunque no sabemos el lugar concreto donde se hallaba Isabel (hoy se supone que es Ain Karim, Ein Karem, en hebreo, que significa “fuente de vida”), en todo caso el trayecto desde Nazaret hasta la montaña de Judea suponía entonces un viaje de cuatro días y 160 Km. de recorrido, la mayoría por parajes desérticos y salvando notables desniveles.

Este hecho de la vida de la Virgen tiene una clara enseñanza para los cristianos: hemos de aprender de Ella la solicitud por los demás.

⁴¹ Y en cuanto oyó Isabel el saludo de María, el niño saltó de gozo en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo.

Como los gemelos en el seno de Rebeca (Gen 25,22). Un salto de alegría por la presencia de María y también porque, en aquel momento, se cumplió para el niño la profecía del ángel: *Estará lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre (Lc 1,15).*

42 Y exclamando en voz alta, dijo: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.

La bendición de Isabel a María está dividida en dos partes paralelas, al estilo de los salmos (ver salmo 144). El término “bendito”, “eulogetos” en griego, se reserva en el Nuevo Testamento exclusivamente para Dios, mientras que para bendecir personas se utiliza otro adjetivo: “Makarios”, “bienaventurado” o “dichoso” (Lc 6,20-23).

La expresión “fruto de tu vientre” ya aparece en otras partes de la Biblia (Dt 28,4)

43 ¿De dónde a mí tanto bien que la madre de mi señor venga a visitarme? 44 Pues en cuanto llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno.

Isabel ha descubierto la divinidad, la condición trascendente del Hijo que María lleva en sus entrañas. Al llamar Isabel, movida por el Espíritu Santo, a María “madre de mi Señor”, manifiesta de la Virgen es Madre de Dios. Hay un curioso paralelismo entre la alegría de Isabel por recibir a María y un pasaje de la vida del rey David:

Aquel día David tuvo miedo de Yahvé y dijo: «¿Como voy a llevar a mi casa el arca de Yahvé?» Y no quiso llevar el arca de Yahvé junto a sí, a la Ciudad de David, sino que la hizo llevar a casa de Obededom de Gat. El arca de Yahvé estuvo en casa de Obededom de Gat tres meses y Yahvé bendijo a Obededom y a toda su casa. Se hizo saber al rey David: «Yahvé ha bendecido la casa de Obededom y todas sus cosas a causa del arca de Dios.» Fue David e hizo subir el arca de Dios de casa de Obededom a la Ciudad de David, con gran alborozo. (2 Sam 6,9-12)

Es probable que San Lucas no busque establecer un paralelismo entre la estancia de tres meses de María en casa de Isabel y la del Arca de la Alianza en casa de Obededom; pero no sería extraño que sí estuviera en la mente de Isabel aquel episodio de la vida de su pueblo. Tendríamos aquí un ejemplo de “sentido típico” en los textos del Antiguo Testamento.

3.4 El Cántico de María (1,46-55)

En este cántico pueden distinguirse tres estrofas: en la primera (vv 46-50) María glorifica a Dios por haberla hecho madre del Salvador, hace ver el motivo por el cual la llamarán bienaventurada todas las generaciones y muestra como en el misterio de la Encarnación se manifiestan el poder, la santidad y la misericordia de Dios. En la segunda (vv. 51-53) la Virgen nos enseña cómo en todo tiempo el Señor ha tenido predilección por los humildes, resistiendo a los soberbios y jactanciosos. En la tercera (vv. 54-55) proclama que Dios, según su promesa, ha tenido siempre especial cuidado del pueblo escogido, al que le va a dar el mayor título de gloria: la Encarnación de Jesucristo, judío según la carne (Cf, Rom 1,3)

***46 Y dijo María: «Engrandece mi alma al Señor
47 y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador
48 porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava,
por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada,
49 porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre.***

Algunos manuscritos dicen: “Y dijo Isabel”, atribuyendo a ésta el cántico; pero la mayoría de los exegetas piensan que se trata de un error, y que el cántico es de María.

La alabanza a Dios aparece en muchos salmos (Cf. Sal 95, 1; 69,31. El verbo usado es “megalunóo”, engrandecer). Un pasaje muy parecido es el del profeta Habacuc:

Exultemos en el Señor, celebremos en Dios nuestro salvador (Ha 3,18)

La “humildad” de María no es propiamente la virtud de la humildad cristiana. La palabra original, “tapeinósis” puede traducirse, según los contextos, por “humillación” (Misal castellano), “petitesa” (Misal catalán), “aflicción”. En muchos pasajes de la Biblia “tapeinósis” designa a los pobres, a los pequeños, que son, precisamente los que atraen la benevolencia de Dios. Por ejemplo:

El Señor le mira con benevolencia y le recobra de su aflicción (Si 11,12)

En un pasaje semejante del Antiguo Testamento encontramos un texto paralelo:

Ana hizo este voto: «¡Oh Yahvé Sebaot! Si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y acordarte de mí, no olvidarte de tu sierva y darle un hijo varón, yo lo entregaré a Yahvé por todos los días de su vida y la navaja no tocará su cabeza.» (1 Sam 1,11)

María expresa su sorpresa ante el hecho de que ella, una humilde desposada, haya sido elegida para ser la madre del Mesías. Lía, esposa de Jacob, también había exclamado

Feliz de mi (“makaria egô”) pues me felicitarán las mujeres (Gen 30,13)

Por el nacimiento de su hijo Aser.

Ante esta manifestación de humildad de María, San Beda comenta:

Convenía, pues, que así como había entrado la muerte en el mundo por la soberbia de nuestros primeros padres, se manifestase la entrada de la Vida por la humildad de María (In Lucae Evangelium expositio)

En cuanto a la expresión “poderoso” (dunatos), es también muy común en el Antiguo Testamento, especialmente en los pasajes en que Dios demuestra su poder frente a los enemigos del pueblo escogido.

⁵⁰ *y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen.*

⁵¹ *Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón.*

⁵² *Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes.*

⁵³ *A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada.*

El versículo 50 parece un calco del Salmo 103:

La gracia del Señor desde siempre es eterna para quienes le temen (Sal 103,17)

Los tres versículos siguientes (51-53) ofrecen sendos paralelismos antitéticos, muy propios de la literatura sagrada.

“Soberbios de corazón” son los que quieren aparecer como superiores a los demás, a quienes desprecian. Y también alude a la condición de aquellos que, en su arrogancia, proyectan los planes de ordenación de la sociedad y del mundo a espaldas o en contra de la Ley de Dios. Aunque pueda parecer que de momento tienen éxito, al final se cumplen estas palabras del cántico de la Virgen, pues Dios los dispersará como ya hizo con los que intentaron edificar la torre de Babel, que pretendían llegase hasta el cielo (Gen 11,4).

Esta antítesis entre el poder de Dios y la arrogancia de los soberbios ya aparecía en toda su crudeza en el Salmo 2:

¿Por qué se agitan las naciones, y los pueblos traman planes vanos?

***Se yerguen los reyes de la tierra, los caudillos conspiran aliados
contra Yahvé y contra su Ungido:***

«¡Rompe sus coyundas, sacudámonos su yugo!»

El que se sienta en los cielos se sonríe, Yahvé se burla de ellos. (Sal 2,1-4)

La Providencia divina se ha manifestado multitud de veces a lo largo de la historia. Así, Dios alimentó con el maná al pueblo de Israel en su peregrinación por el desierto durante cuarenta años (Ex 16,4-35); igualmente a Elías por medio de un ángel (1 Re 19,5-18); a Daniel en el foso de los leones (Dan 14,31-40); a la viuda de Sarepta con el aceite que milagrosamente no se agotaba (1 Re 18,7 ss). Así también colmó las ansias de santidad de la Virgen con la Encarnación del Verbo.

Dios había alimentado con su Ley y la predicación de los profetas al pueblo elegido; pero el resto de la humanidad tenía necesidad de la palabra de Dios. Ahora, con la Encarnación del Verbo, Dios satisface la indigencia de la humanidad entera. Serán los humildes quienes acogerán este ofrecimiento de Dios: los autosuficientes, al no verse necesitados de los bienes divinos, quedarán privados de ellos.

⁵⁴ *Acogió a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia*

⁵⁵ *como había anunciado a nuestros padres,
en favor de Abraham y de su linaje por los siglos.*

Dios condujo al pueblo israelita como a un niño, como a su hijo a quien amaba tiernamente:

Yahvé, tu Dios, te ha llevado por todo el camino que habéis recorrido, como lleva un hombre a su hijo... (Dt 1,31)

Esto lo hizo Dios muchas veces, valiéndose de Moisés, de Josué, de Samuel, de David, etc., y ahora conduce a su pueblo de manera definitiva enviando al Mesías. El origen último de este proceder divino es la gran misericordia de Dios, que se ha compadecido de la miseria de Israel y de todo el género humano.

La misericordia de Dios fue prometida desde antiguo a los Patriarcas. Así, a Adán (Gen 3,15), a Abrahán (Gen 22,18, a David (2 Sam 7,12), etc. La Encarnación de Cristo había sido preparada y decretada por Dios desde la eternidad para la salvación de la humanidad entera. Tal es el amor que Dios tiene a los hombres; el Evangelio de San Juan lo expresará así:

Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca sino que tenga vida eterna (Jn 3,16).

3.5 Nacimiento de Jesús en Belén (2,1-20)

¹ *En aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, para que se empadronase todo el mundo.* ² *Este primer empadronamiento fue hecho cuando Quirino era gobernador de Siria.*

En aquella época, Palestina estaba bajo la dominación romana. El Imperio Romano estaba dividido en provincias. Unas eran provincias *senatoriales*, es decir, administradas por el Senado Romano; otras eran *imperiales*, administradas por el emperador. Palestina pertenecía a la provincia de Siria, que era imperial.

César Augusto era entonces Emperador de Roma; reinó del 30 a.C. al 14 d.C. Se conocen varios censos de su imperio ordenados por él, uno de los cuales bien puede ser el que nos refiere San Lucas. En Palestina, la finalidad del censo debía ser la tasación, y no el servicio militar, del que estaban libres los hebreos.

Según los exegetas, esta localización plantea algunos problemas, pues si Jesús nació, como es probable, entre los años 4 y 7 a.C., el gobernador no se llamaba Quirino, sino Saturnino, y no consta ningún censo ordenado por éste. También es verdad que hubo otros censos de los que no tenemos constancia extrabíblica.

³ *Todos iban a inscribirse, cada uno a su ciudad.* ⁴ *José, como era de la casa y familia de David, subió desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David llamada Belén, en Judea,* ⁵ *para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta.*

Como Roma solía respetar los usos locales, el empadronamiento se hacía según la costumbre judía, según la cual cada cabeza de familia iba a empadronarse al lugar de origen. Acostumbraba a ir solamente el cabeza de familia, de manera que, en condiciones normales, José hubiera ido solo y, con mayor razón, estando María embarazada. El motivo de que la Virgen le acompañara no puede ser otro que el descubrimiento por los Santos Esposos de que la promulgación del censo venía a facilitar el cumplimiento de la profecía de Miqueas sobre el lugar del nacimiento del Mesías:

Mas tú, Belén Efratá, aunque eres la menor entre las familias de Judá, de ti me ha de salir aquel que ha de dominar en Israel, y cuyos orígenes son de antigüedad, desde los días de antaño. Por eso él los abandonará hasta el tiempo en que dé a luz la que ha de dar a luz. Entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel. El se alzará y pastoreará con el poder de Yahvé, con la majestad del nombre de Yahvé su Dios. Se asentarán bien, porque entonces se hará él grande hasta los confines de la tierra. El será la Paz (Miq 5,1-4. Cfr. Mt 2,5s)

Es de notar que en la tradición judía se interpretaba esta profecía como predicción del lugar exacto del nacimiento del Mesías, y que éste era un personaje determinado. Así lo atestigua San Mateo al relatar el encuentro de los Magos con Herodes:

Convocó a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, y por ellos se estuvo informando del lugar donde había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron: «En Belén de Judea, porque así está escrito por medio del profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que apacentará a mi pueblo Israel.» (Mt 2,4-6)

Hay que advertir aquí la insistencia con que San Lucas se refiere al Rey David. Ya lo había hecho en pasajes anteriores, cuando describe a José como perteneciente a la “casa de David” (Lc 1,27), y en la promesa del ángel del que el Hijo de María heredaría “el trono de David, su padre” (Lc 1,32)

El hecho de que San Lucas mencione con frecuencia al rey David se debe, entre otras razones, a que escribe su evangelio para cristianos venidos de la gentilidad que, aunque no tuvieran mucho conocimiento de la historia judía, seguramente conocían la figura más relevante de dicha historia. En efecto, en el conjunto de la historia antigua, apenas tiene el pueblo judío momentos de importancia internacional fuera de los reinados de David y Salomón.

⁶ Y sucedió que, estando allí, le llegó la hora del parto, ⁷ y dio a luz a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el aposento.

San Ambrosio comenta así el nacimiento del Mesías:

*Él se hizo niño
para que tú pudieras ser hombre perfecto.
Él fue envuelto entre pañales
para que tú fueras librado de los lazos de la muerte.
Él bajó a la tierra
para que tu pudieras subir al cielo.
Él no tuvo sitio en la posada,
para que tú tuvieras uno en el cielo.
Él, siendo rico, se hizo pobre por nosotros (2 Cor 8-9)
para que os enriquecierais con su pobreza.
Las lágrimas de aquel Niño que llora me purifican,
aquellas lágrimas lavan mis pecados
(SAN AMBROSIO, Expositio Evangelii sec. Lucam, in loc).*

“Hijo primogénito”. La Sagrada Escritura suele llamar primogénito al primer varón que nace, sea o no seguido de otros hermanos (P.ej. Ex 13,2; 13,13; Num 15,8; Heb 1,6). Este sentido también se daba en el lenguaje profano, como consta, por ejemplo, en una inscripción fechada aproximadamente el año del nacimiento de Cristo y encontrada en los alrededores de Tell-el-Jeduieh (Egipto) en 1922, en la que se dice que una mujer llamada Arsinoe murió “en los dolores del parto de su hijo primogénito”. El hecho de que San Lucas utilice la expresión “prôtotokos” (primogénito), en lugar de “monogenês” (hijo único) no significa que María tuviera después más hijos. Más bien, está dando pie a la contemplación que San Pablo y el Apocalipsis harán más tarde de Cristo como “primogénito de entre los muertos” (Col 1,18; Ap 1,15.) o a la consideración de la Carta a los Hebreos de Cristo como “primogénito de sus hermanos” (Heb 12,23)

De otro modo, como explica San Jerónimo,

Si sólo fuese primogénito aquel a quien siguen otros hermanos, no se le deberían los derechos del primogénito, según manda la Ley, mientras los otros no naciesen, lo cual es absurdo, ya que la Ley ordena el rescate de los primogénitos dentro del primer mes de su nacimiento (SAN JERÓNIMO, Carta Adversus Helvidium, 10).

La tradición cristiana nos enseña la verdad de fe de la virginidad de María después del parto, que está en perfecto acuerdo con el carácter de primogénito de Cristo. He aquí las palabras del Concilio de Letrán del año 649:

Si alguno no confiesa, de acuerdo con los Santos Padres, propiamente y según verdad por Madre de Dios a la Santa y siempre Virgen María, como quiera que concibió en los últimos tiempos sin semen, por obra del Espíritu Santo, al mismo Dios Verbo propia y verdaderamente, que antes de todos los siglos nació de Dios Padre, e incorruptiblemente lo engendró, permaneciendo Ella aun después del parto en virginidad indisoluble, sea condenado (Canon 3).

La palabra “phatne” puede significar dos cosas: “establo” (de una caballería) o “pesebre” (el dornajo para dar de comer a los animales. Aquí es más probable este último sentido, porque un “pesebre” podía hacer fácilmente de cuna para un recién nacido.

Sobre el sentido figurado del “pesebre” como signo, la tradición cristiana ha visto en él una realización de la protesta de Dios en boca de Isaías, de la que, además, ha sacado provecho para la iconografía navideña. El texto de Isaías dice:

***Conoce el buey a su dueño,
y el asno, el pesebre de su amo.
Israel no conoce,
mi pueblo no discierne (Is 1,3)***

La expresión “no hubo para ellos sitio en el aposento” o posada, no debe entenderse como un desprecio hacia la Sagrada Familia, sino, más bien, como la circunstancia de que, debido a la afluencia de gente, no fuera el lugar adecuado para un parto.

La basílica constantiniana de la Natividad se construyó en el 325 sobre numerosas grutas, antes las que quizá una sirvió para refugio de la Sagrada Familia; pero la *asignación del lugar* es más antigua, porque el emperador romano Adriano (117-138) hizo plantar un pequeño bosque en honor del dios Adonis, precisamente en el lugar donde los cristianos conmemoraban el nacimiento del Salvador. Adriano quería, de esta forma profanar el lugar, como hizo en Elia Capitolina (Jerusalén), donde erigió en el Calvario un santuario a Venus.

⁸ Había unos pastores por aquellos contornos que dormían al raso y vigilaban por turno su rebaño durante la noche. ⁹ De improviso un ángel del Señor se les presentó y la gloria del Señor los rodeó de luz y se llenaron de un gran temor. ¹⁰ El ángel les dijo: No temáis, pues vengo a anunciaros una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: ¹¹ Hoy os ha nacido en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor; ¹² y esto os servirá de señal: encontraréis a un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.

Estos pastores podían ser muy bien de la comarca de Belén o quizá incluso de otras zonas, que venían a aprovechar los pastos. A esta gente sencilla y humilde es a la que primer se anuncia la buena nueva del nacimiento de Cristo. Dios muestra su predilección por los humildes (Prov 3,32); se oculta a los que presumen de sabios y prudentes, y se revela a los pequeños (Mt 11,25).

Los pastores de Palestina permanecen en los pastos con sus rebaños durante el largo período que va desde marzo a noviembre, con exclusión de la estación de las lluvias. Esta información, sin embargo, no nos dice en qué mes naciera Jesús, si no es para excluir, quizás, el período de diciembre a febrero. En realidad no sabemos la fecha de la Natividad del Señor. La primera celebración de la Navidad en el 25 de diciembre tuvo lugar en Roma hacia el año 325. En las Iglesias orientales la Natividad se celebra el 9 de enero (Griegos) o el 19 de enero (Armenios).

La primera palabra del ángel es “Os anuncio una buena nueva” (“Euaggelizomai”), un verbo compuesto de dos palabras: “eu” (bueno) y “aggelo” –lease “angelo”- (anunciar). San Lucas emplea este verbo diez veces. En cambio, los otros evangelistas, San Mateo y San Marcos, prefieren la forma nominal: “Euaggelion” (Evangelio, Buena Noticia).

El título de “Salvador” (en griego “sôtêr) es casi exclusivo de San Lucas. No aparece ni en San Mateo ni en San Marcos, y San Juan lo emplea una sola vez (Jn 4,42). En cambio aparece con mucha frecuencia en las Cartas de San Pablo, sobre todo en las cartas pastorales. Esto es una prueba más de la dependencia del tercer Evangelista del Apóstol.

El título de “Cristo” significa “Mesías”, “Ungido”. Lo interesante es la combinación “Cristo Señor” (“Khristos Kyrios”), sin artículo. No se encuentra en ningún otro lugar de Nuevo Testamento. Por eso, algunos piensan que debería leerse “El ungido del Señor” (“Khristos Kyriou”). Pero otros piensan que no hay motivos para modificar esta lectura, y que la unión de ambos términos es intencionada: para señalar la condición trascendente del Mesías. Da a Jesús el título de “Señor”, que es como Dios se hacía llamar en el Antiguo Testamento

Aunque el anuncio a los pastores no es una “tercera anunciación” como las del Bautista y de Jesús, tiene algo de común con ellas, sigue el mismo género literario, con elementos comunes: El mensajero es un ángel. La reacción de los destinatarios es el temor; pero el mensajero los tranquiliza. Al mensaje, cuyo contenido es motivo de alegría, sigue un signo, que, en este caso, es la referencia a Isaías, como hemos visto.

Al decirles el ángel que el Niño había nacido en la ciudad de David, les recuerda que éste era el lugar destinado para el nacimiento del Mesías Redentor (Miq 5,2; Mt 2,6), descendiente de David (Sal 110,1-2; Mt 22,42-46).

¹³ De pronto apareció junto al ángel una muchedumbre de la milicia celestial, que alababa a Dios diciendo:

**¹⁴ Gloria a Dios en las alturas
y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.**

La expresión “milicia celestial” merece explicación. En el Antiguo Testamento parece ser la traducción del “panteón” o conjunto de divinidades a las que se daba culto en Nínive y Babilonia. Cuando el monoteísmo judío se encara con este politeísmo, llama a Dios “Yahvé Sebaot”, “Señor de los ejércitos”, expresión tan común en el Antiguo Testamento que aparece 284 veces. La liturgia católica, durante siglos, mantuvo esta expresión:

*Sanctus, sanctus, sanctus,
Dominus Deus Sabaot...
(Misal de San Pío V, Sanctus)*

El Misal de Pablo VI, consciente de la pérdida de significado de esta expresión en el mundo actual, traduce:

*Sanctus, sanctus, sanctus,
Dominus Deus universi...*

Sólo San Lucas, aquí y en el relato de la entrada de Jesús (Lc 19,38), revela un aspecto de la misión de los ángeles: su papel en la liturgia del cielo, glorificar y alabar a Dios. Todos los ángeles fueron creados para eso, mientras que sólo algunos tienen misiones con respecto a los hombres, los de las jerarquías inferiores, arcángeles y ángeles. Y esto lleva a que la vocación de los hombres es la misma, la gloria de Dios. La Iglesia, consciente de esta vocación, lo refleja en la Misa. En el Prefacio de la Plegaria Eucarística hace que se unan la liturgia celeste y la liturgia terrena:

*Por eso, con los ángeles y arcángeles,
y con todos los coros celestiales,*

*cantamos el himno de tu gloria:
Santo, santo, santo...*

El versículo 14 puede ser traducido de dos maneras, que no se excluyen: una es la que figura en la presente traducción, calcada de la Vulgata de San Jerónimo: *Et in terra pax hominibus bonae voluntatis*. La otra sería: “Y en la tierra paz a los hombres que gozan de la benevolencia divina”, que equivale a la traducción litúrgica castellana del Misal: “Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor”. En definitiva, lo que dice el texto es que los ángeles piden paz y reconciliación con Dios, que proceden no de los méritos de los hombres, sino de la gratuita misericordia que el Señor quiere usar con ellos. Ambas traducciones se complementan, porque cuando los hombres corresponden a la gracia de Dios, no hacen más que cumplir esta buena voluntad, ese amor de Dios por ellos. Yendo al texto original, griego, parece que “anthropôis eudokias” tiene el sustrato hebreo de “benê retsônô”, que significa, literalmente, “los hijos de su beneplácito”, que aparece, por ejemplo, en los himnos de la comunidad esenia de Qumrán.

¹⁵ Luego que los ángeles se apartaron de ellos hacia el cielo, los pastores se decían unos a otros: Vayamos hasta Belén, y veamos este hecho que acaba de suceder y que el Señor nos ha manifestado. ¹⁶ Y vinieron presurosos, y encontraron a María y a José y al niño reclinado en el pesebre. ¹⁷ Al verlo, reconocieron las cosas que les habían sido anunciadas acerca de este niño. ¹⁸ Y todos los que escucharon se maravillaron de cuanto los pastores les habían dicho. ¹⁹ María guardaba todas estas cosas ponderándolas en su corazón.

Dios quiso que el nacimiento del Mesías Salvador, el hecho más importante de la historia humana, sucediera de modo tan inadvertido que el mundo, aquel día, siguió su vida como si nada especial hubiera ocurrido. Sólo a unos pastores les anuncia Dios el acontecimiento. También a un pastor, Abrahán, Dios le confió la promesa de Salvación para toda la humanidad (Gen 12,1 ss). También a otro pastor, Moisés, le confió la dura misión de rescatar a su pueblo de la esclavitud (Ex 3,1 ss). También otro pastor, David, sería el elegido de Dios para unificar al pueblo elegido (1 Sam 16,9 ss). Tanta coincidencia no puede ser casual.

Los pastores marchan a Belén acuciados por la señal que se les ha dado. Al comprobarla, cuentan el anuncio del ángel y la aparición de la milicia celestial. La “prisa” que se dan es semejante a la de María para visitar a su pariente Isabel. A propósito de esta premura, San Ambrosio comenta: *Nadie busca a Cristo perezosamente (Expositio...)*. Y con ello se constituyen en los primeros testigos del Nacimiento del Mesías.

En breves palabras, el versículo 19 dice mucho de Santa María. Nos la presenta serena y contemplativa ante las maravillas que se estaban cumpliendo en el nacimiento de su divino Hijo. María las penetra con mirada honda, las pondera y las guarda en el silencio de su alma. María se nos presenta así como Modelo de vida interior y Maestra de oración. La Iglesia, en la consideración de las maravillas de Dios, imita a María:

La Tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo; es decir, crece la comprensión de las palabras y de las cosas transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón, cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los Obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad (CONCILIO VATICANO II. Constitución Dogmática Dei Verbum, n. 8).

3.6 Presentación de Jesús en el Templo (2,21-40)

En esta sección vamos a estudiar tres acontecimientos religiosos celebrados por la Sagrada Familia inmediatamente después del nacimiento de su Primogénito: la circuncisión, la purificación de la Madre y la Presentación del Hijo en el Templo.

²¹ Cuando se cumplieron los ocho días para circuncindarle, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de que fuera concebido en el seno materno.

Para otras naciones que la practicaban, la circuncisión era frecuentemente diferida hasta la edad de la pubertad y se consideraba bien como un rito de paso de la infancia a la edad adulta, o bien se practicaba en vistas al matrimonio. Entre los israelitas, en cambio, la circuncisión tenía lugar el octavo día después del nacimiento

Dijo Dios a Abraham: «Guarda, pues, mi alianza, tú y tu posteridad, de generación en generación. Esta es mi alianza que habéis de guardar entre yo y vosotros - también tu posteridad -: Todos vuestros varones serán circuncidados. Os circuncidaréis la carne del prepucio, y eso será la señal de la alianza entre yo y vosotros. A los ocho días será circuncidado entre vosotros todo varón, de generación en generación, tanto el nacido en casa como el comprado con dinero a cualquier extraño que no sea de tu raza (Gen 17,9-12).

El pueblo de Israel lo consideró como un mandato divino en el contexto de la alianza y como signo distintivo de la pertenencia al pueblo de Dios. En este sentido se puede entender en la tradición cristiana que la circuncisión prefiguraba el Bautismo. La circuncisión de Jesús es señal de su inserción en la descendencia de Abrahán, en el pueblo de la Alianza, de su sometimiento a la Ley (Cfr. Gal 4,4) y de su consagración al culto de Israel en el que participará durante toda su vida. Este signo prefigura el Bautismo cristiano, mejor incluso que el bautismo de penitencia de Juan. Pero en la nueva economía de la salvación aquel signo ha dejado de tener vigencia

Porque en Cristo Jesús no tienen valor ni la circuncisión ni la incircuncisión, sino la fe que actúa por la caridad (Gal 5,6).

El cumplimiento del rito de la circuncisión no estaba reservado a los sacerdotes. También las mujeres, al menos en época posterior, podían circuncidar; pero la costumbre debía de ser hacer venir al encargado local de la circuncisión (*môhel*) para efectuar la operación. En tiempos de Jesús sólo en el momento de la circuncisión el niño recibía el nombre. Se puede relacionar esta costumbre con el hecho de que Dios hubiera cambiado los nombres de Abrahán y de Sara al declarar la ley de la circuncisión (Gen 17,5-15).

Según el anuncio del ángel (Lc 1,31) es María quien debe dar el nombre a Jesús; pero en este pasaje no se especifica quién lo ha hecho, mientras que Mateo (2,21) nos refiere que José “le dio el nombre de Jesús”. No era costumbre poner al hijo el mismo nombre de su padre, dado que los semitas, como muchos otros pueblos antiguos, distinguían a las personas de un mismo clan añadiendo el nombre del padre, como “Simón, hijo de Jonás” (Mt 16,17). A Jesús le llamarían habitualmente “Jesús, hijo de José”.

²² Y cumplidos los días de su purificación según la Ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, ²³ como está mandado en la Ley del Señor: Todo varón primogénito será consagrado al Señor; ²⁴ y para presentar como ofrenda un par de tórtolas o dos pichones, según lo mandado en la Ley del Señor.

Según la ley hebrea (Lev 12,2-8), la mujer al dar a luz quedaba impura. La madre de hijo varón terminaba el tiempo de impureza legal a los cuarenta días del nacimiento, con el rito de la purificación.

Es común a los pueblos, desde antiguo, considerar sagrado aquello que se relaciona con el sexo y su función generadora. El nacimiento de un nuevo ser a la vida siempre es señal de bendición divina. Por otra parte, Dios mismo ordena a la primera pareja que crezca y se multiplique (Gen 1,28). Ese aspecto sagrado de la generación es lo que hizo que en algunos pueblos se relacionara con prácticas sexuales, dándose el caso de la llamada “prostitución sagrada”; de hecho, en ocasiones, a la malicia moral de ciertos actos desordenados se añade, sobre todo, su relación con la idolatría.

Por otra parte, el abuso que ha hecho el hombre de esas facultades fecundadoras buscando unos fines de mera complacencia, ajenos a la naturaleza misma del sexo, originó sentimiento de rechazo por ser considerados rectamente como vergonzosos. Tales sentimientos se traducen en esas normas de purificación y de estima de la virginidad y de la continencia, sobre todo en lo relacionado con el culto a Dios; de ahí las disposiciones que prohibían realizar el acto conyugal cuando alguien se relacionaba con lo sagrado (Cfr. 1 Sam 21,5-7). Por lo demás, la naturaleza misma del hombre

siente un instintivo pudor en relación con el sexo. El relato del Génesis sobre la desnudez de nuestros primeros padres (Gen 2,25; 3,7), antes y después del pecado, atestiguan ese dato, recogido también por San Pablo al considerar cómo los miembros menos decentes “los tratamos con mayor decoro” (1 Cor 12,23). Así pues, en los pueblos antiguos, incluido Israel, todo lo relacionado con la generación estaba envuelto en el misterio, conjugándose la veneración, a veces idolátrica, con un rechazo en ocasiones irracional (Biblia de la Universidad de Navarra, comentario a Lev 12,1-4).

La Virgen María, siempre virgen, de hecho no estaba comprendida en estos preceptos de la Ley, porque ni había concebido por obra de varón, ni Cristo al nacer rompió la integridad virginal de su Madre. Sin embargo, Santa María quiso someterse a la Ley, aunque no estaba obligada.

En cuanto al rito de rescate del primogénito, conviene leer el siguiente pasaje del Éxodo:

«Conságrame todo primogénito, todo lo que abre el seno materno entre los israelitas. Ya sean hombres o animales, míos son todos.» Consagrarás a Yahvé todo lo que abre el seno materno. Todo primer nacido de tus ganados, si son machos, pertenecen también a Yahvé. Todo primer nacido del asno lo rescatarás con un cordero; y si no lo rescatas lo desnucará. Rescatarás también todo primogénito de entre tus hijos. Y cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: "¿Qué significa esto?", le dirás: "Con mano fuerte nos sacó Yahvé de Egipto, de la casa de servidumbre." Como Faraón se obstinó en no dejarnos salir, Yahvé mató a todos los primogénitos en el país de Egipto, desde el primogénito del hombre hasta el primogénito del ganado. Por eso sacrificio a Yahvé todo macho que abre el seno materno, y rescato todo primogénito de mis hijos.(Ex 13,2.12-15)

Esta disposición mosaica indica que todo primogénito pertenece a Dios y debe serle consagrado, esto es, dedicado al culto divino. Sin embargo, desde que éste fue reservado a la tribu de Leví, aquellos primogénitos que no pertenecían a esta tribu no se dedicaban al culto; y para mostrar que seguían siendo propiedad especial de Dios se realizaba el rito del rescate.

La Ley mandaba también que los israelitas ofrecieran para los sacrificios una res menor, por ejemplo un cordero, o si eran pobres, un par de tórtolas o dos pichones. El Señor, que “siendo rico se hizo pobre por nosotros, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza” (2 Cor 8-9), quiso que se ofreciera por Él la ofrenda de los pobres.

La expresión “para presentarlo al Señor”, del versículo 22, puede tener un significado todavía más profundo, sobre todo tratándose de San Lucas, que a lo largo de todo su Evangelio da mucho realce a Jerusalén y al Templo. Lo cierto es que el rescate del primogénito no exigía la presentación física del Niño en el Templo. Que sus padres quisieran “presentarlo” indica algo más. La expresión “parastêna tô Kyriô” se interpreta literalmente como la escena en que un siervo sagrado es introducido ante la presencia de su señor. Quizá San Lucas quiere decir que Jesús está puesto ahora fundamentalmente al servicio de Dios, más o menos como Samuel o un nazareo (Num 6,1-8) y está consagrado a Él. El uso del verbo “parastesai” en San Lucas debe ser semejante al de su maestro San Pablo, cuando dice, por ejemplo:

Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual (Rom 12,1).

3.7 El cántico y la profecía de Simeón (2,25-33)

²⁵ Había por entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Este hombre, justo y temeroso de Dios, esperaba la Consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. ²⁶ Había recibido la revelación del Espíritu Santo de que no moriría antes de ver al Cristo del Señor. ²⁷ Así, vino al templo movido por el Espíritu. Y al entrar con el niño Jesús sus padres, para cumplir lo que prescribía la Ley sobre él, ²⁸ lo tomó en sus brazos, y bendijo a Dios diciendo:

Simeón es llamado justo, que significa cumplidor de la voluntad divina, como dice San Mateo acerca de San José: *Su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en*

secreto (Mt, 1,19) o, en las bienaventuranzas, cuando habla de los que tienen “hambre y sed de justicia” o que “son perseguidos por causa de la justicia” (Mt 5,6-10).

Llama la atención la repetida alusión –tres veces– al Espíritu Santo, para dar a entender que la presencia de Simeón en el Templo no es casual, ni se debe a que los pastores le hayan hablado del nacimiento de Jesús. Hemos visto a lo largo de estos dos primeros capítulos la importancia que San Lucas atribuye al Espíritu Santo en las narraciones de la infancia, por la cantidad de citas que se le reservan (Lc 1,15.17.35.41.47.67).

La expresión “consolación de Israel” está tomada del profeta Isaías, de un pasaje claramente mesiánico, que la Iglesia utiliza con frecuencia en la liturgia de adviento:

Consolad, consolad a mi pueblo- dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén y decidle bien alto que ya ha cumplido su milicia, ya ha satisfecho por su culpa, pues ha recibido de mano de Yahveh castigo doble por todos sus pecados. Una voz clama: «En el desierto abrid camino a Yahveh, trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios. Que todo valle sea elevado, y todo monte y cerro rebajado; vuélvase lo escabroso llano, y las breñas planicie. Se revelará la gloria de Yahveh, y toda criatura a una la verá. Pues la boca de Yahveh ha hablado.» (Is 40,1-5)

La piedad cristiana ha visto en Simeón –y en Ana– un modelo de la ancianidad: el que ha estado vigilante durante toda su vida, en espera de la venida de su Señor y ve ahora por fin llegado ese momento, que ha dado sentido a su existencia. Al tener al Niño en sus brazos, conoce no por razón humana, sino por gracia especial de Dios, que ese Niño es el Mesías prometido, la Consolación de Israel, la luz de los pueblos.

En el versículo 29, se designa a Dios con la palabra “Despotês”, el “Amo”. No tiene el sentido actual de “déspota” o gobernante injusto. Simplificando se podría decir que el Dios del Antiguo Testamento es *Kyrios*, Señor, precisamente porque es *tôn pantôn despotês*, “amo de todas las cosas” (Gen 15,2; Job 5,8), y el piadoso autor del Eclesiástico llama a Dios “amo de mi vida” (Sir 23,1)

²⁹ ***Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz,
según tu palabra:
³⁰ porque mis ojos han visto
a tu salvador,
³¹ al que has preparado
ante la faz de todos los pueblos:
³² luz que ilumine a los gentiles
y gloria de tu pueblo Israel.***

Este cántico tiene dos estrofas: la primera (vv 29-30) es una acción de gracias a Dios, traspasada de profundo gozo, por haber visto al Mesías. La segunda (vv. 31-32) acentúa el carácter profético y canta los beneficios divinos que el Mesías trae a Israel y a todos los hombres. El cántico destaca el carácter universal de la Redención de Cristo, anunciada por muchas profecías del Antiguo Testamento (Gen 22,18; Is 2,6; Is 42,6; Is 60,3; Sal 98,).

Podemos entender el gozo singular de Simeón, al considerar que muchos patriarcas, profetas y reyes en Israel anhelaron ver al Mesías y no lo vieron, y él, en cambio, lo tiene en sus brazos.

³³ ***Su padre y su madre estaban admirados por las cosas que se decían acerca de él. ³⁴ Simeón los bendijo, y dijo a María, su madre: Mira, éste ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción ³⁵ –y a tu misma alma la traspasará una espada–, a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones.***

Después de bendecirlos, Simeón, movido por el Espíritu Santo, profetiza de nuevo sobre el futuro del Niño y de la Madre. Las palabras de Simeón se han hecho más claras para nosotros al cumplirse en la vida y Pasión del Señor.

Jesús, que ha venido para la salvación de todos los hombres, será sin embargo *signo de contradicción*, porque algunos se obstinarán en rechazarlo, y para éstos Jesús será su ruina. Para otros, sin embargo, al aceptarlo con fe, Jesús será su salvación, librándolos del pecado en esta vida y resucitándolos para la vida eterna.

La expresión “signo de contradicción” procede del profeta Isaías (Is 14,8): “Piedra de tropiezo y peña de escándalo para las dos casas de Israel... allí tropezarán muchos”. Este pasaje, con Is 28,16 y Dn 2,44 (la piedra que aplasta) tiene relación con las palabras de Jesús: “Todo el que caiga sobre esta piedra, se destrozará, y aquél sobre quien caiga esta piedra, le aplastará” (Lc 20,18). Como la obra de Dios es perdición para el no creyente, así es salvación para el creyente.

Las palabras dirigidas a la Virgen anuncian que María habrá de estar unida íntimamente a la obra redentora de su Hijo. La espada de que habla Simeón expresa la participación de María en los sufrimientos del Hijo; es un dolor inenarrable, que traspasa el alma. El Señor sufrió en la Cruz por nuestros pecados; también son los pecados de cada uno de nosotros los que han forjado la espada de dolor de nuestra Madre. En consecuencia tenemos un deber de desagravio no sólo con Dios, sino también con su Madre, que es Madre nuestra.

Las últimas palabras de la profecía, “a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones”, enlaza con el v. 34; en la aceptación o repulsa de Cristo se manifiesta la rectitud o perversidad de los corazones.

³⁶Vivía entonces una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era de edad muy avanzada, había vivido con su marido siete años de casada, ³⁷y había permanecido viuda hasta los ochenta y cuatro años, sin apartarse del Templo, sirviendo con ayunos y oraciones noche y día. ³⁸Y llegando en aquel mismo momento alababa a Dios, y hablaba de él a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

La particular atención que San Lucas dedica al papel de las mujeres en su Evangelio se evidencia aquí con la aparición en escena de la profetisa Ana. El testimonio de Ana es muy parecido al de Simeón: como éste, también ella había estado esperando la venida del Mesías durante su larga vida, en un fiel servicio a Dios; y también es premiada con el gozo de verlo.

Quienes, como Simeón y Ana, perseveran en la piedad y en el servicio a Dios, por muy poca valía que parezca tener su vida a los ojos de los hombres, se convierte en instrumento apto del Espíritu Santo para dar a conocer a Cristo a los demás. En sus planes redentores, Dios se vale de estas almas sencillas para conceder muchos bienes a la humanidad.

3.8 La Sagrada Familia en Nazaret (2,39-40)

³⁹Cuando cumplieron todas las cosas mandadas en la Ley del Señor regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. ⁴⁰El niño iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.

Antes de la vuelta a Nazaret acontecieron los sucesos de la huida y permanencia en Egipto que relata San Mateo en 2,13-23. Los estudiaremos aparte.

La historia del nacimiento de Jesús termina con la noticia del v. 39, que conduce a la Sagrada Familia a Nazaret. El versículo 40 es un resumen biográfico similar al que cierra la historia del origen de San Juan Bautista (Lc 1,80). Son pocas palabras, pero con mucho contenido.

Nuestro Señor Jesucristo en cuanto niño, es decir, revestido de la fragilidad de la naturaleza humana, debía crecer y fortalecerse; pero en cuanto Verbo eterno de Dios no necesitaba fortalecerse ni crecer. De donde muy bien se le describe lleno de sabiduría y de gracia (Expositio).

El tema del alma y del conocimiento humano de Cristo lo explica con detalle el Catecismo de la Iglesia Católica:

471 *Apolinar de Laodicea afirmaba que en Cristo el Verbo había sustituido al alma o al espíritu. Contra este error la Iglesia confesó que el Hijo eterno asumió también un alma racional humana (cf. DS 149).*

472 *Esta alma humana que el Hijo de Dios asumió está dotada de un verdadero conocimiento humano. Como tal, éste no podía ser de por sí ilimitado: se desenvolvía en las condiciones históricas de su existencia en el espacio y en el tiempo. Por eso el Hijo de Dios, al hacerse hombre, quiso progresar "en sabiduría, en estatura y en gracia" (Lc 2, 52) e igualmente adquirir aquello que en la condición humana se adquiere de manera experimental (cf. Mc 6, 38; 8, 27; Jn 11, 34; etc.). Eso ... correspondía a la realidad de su anonadamiento voluntario en "la condición de esclavo" (Flp 2, 7).*

473 *Pero, al mismo tiempo, este conocimiento verdaderamente humano del Hijo de Dios expresaba la vida divina de su persona (cf. S. Gregorio Magno, ep 10,39; DS 475). "La naturaleza humana del Hijo de Dios, no por ella misma sino por su unión con el Verbo, conocía y manifestaba en ella todo lo que conviene a Dios" (S. Máximo el Confesor, qu. dub. 66). Esto sucede ante todo en lo que se refiere al conocimiento íntimo e inmediato que el Hijo de Dios hecho hombre tiene de su Padre (cf. Mc 14, 36; Mt 11, 27; Jn 1, 18; 8, 55; etc.). El Hijo, en su conocimiento humano, demostraba también la penetración divina que tenía de los pensamientos secretos del corazón de los hombres (cf. Mc 2, 8; Jn 2, 25; 6, 61; etc.).*

474 *Debido a su unión con la Sabiduría divina en la persona del Verbo encarnado, el conocimiento humano de Cristo gozaba en plenitud de la ciencia de los designios eternos que había venido a revelar (cf. Mc 8,31; 9,31; 10, 33-34; 14,18-20. 26-30). Lo que reconoce ignorar en este campo (cf. Mc 13,32), declara en otro lugar no tener misión de revelarlo (cf. Hch 1, 7).*

3.9 El Niño en el Templo (2,41-50)

⁴¹ Sus padres iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. ⁴² Y cuando tuvo doce años, subieron a la fiesta, como de costumbre. ⁴³ Pasados aquellos días, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen. ⁴⁴ Suponiendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino buscándolo entre los parientes y conocidos, ⁴⁵ y como no lo encontrasen, retornaron a Jerusalén en busca suya. ⁴⁶ Y ocurrió que, al cabo de tres días, lo encontraron en el templo, en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles. ⁴⁷ Cuantos le oían quedaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas. ⁴⁸ Al verlo se maravillaron, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira cómo tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. ⁴⁹ Y él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre? ⁵⁰ Pero ellos no comprendieron lo que les dijo.

Los hombres de Israel normalmente debían ir a Jerusalén, el santuario central, para celebrar la Pascua, Pentecostés (llamado también "semana") y sobre todo la fiesta de las Tiendas, fiesta de la siega (Ex 23,14-17). Las mujeres podían acompañar evidentemente a sus maridos, pero la ley de la peregrinación no las obligaba, como no obligaba a los muchachos menores de una cierta edad, más o menos doce años, edad en la que el niño se convertía, según una terminología posterior, en *bar mitzwah*, "hijo del mandamiento" (según la legislación del Talmud, el niño se convierte en hombre cuando alcanza la edad de trece años). En la práctica, los que vivían en lugares lejanos, como Galilea, o fuera de Palestina, cumplían con la peregrinación a Jerusalén una sola vez por año, o incluso una sola vez en toda la vida. Los peregrinos de Galilea viajaban en familia o en grupos, posiblemente lo bastante grandes como para constituir una *synodia*, "compañía" o "caravana". En estas peregrinaciones a Jerusalén los judíos solían caminar en dos grupos: uno de hombres y otro de mujeres. Los niños podían ir en cualquiera de los dos. Esto explica que pudiera pasar inadvertida la ausencia del Niño hasta que terminó la primera jornada, momento en que se reagrupaban las familias para acampar. El hecho de que los padres dejaran que Jesús se las arreglase por sí solo para la vuelta, indica que le dejaban cierta libertad, animados, sin más, por el buen comportamiento que habitualmente mantenía.

Seguramente el Niño Jesús estaría en el atrio del Templo, donde los doctores solían enseñar. Los que querían escuchaban las explicaciones, sentados en el suelo, interviniendo a veces con preguntas y respuestas. El Niño Jesús siguió esta costumbre, pero sus preguntas y respuestas llamaron la atención de los doctores por su sabiduría y su ciencia.

Las expresiones de los versículos 47 y 48, “se quedaban admirados”, “se maravillaban” son frecuentes en el Evangelio de San Lucas, que manifiesta de diferentes maneras y en diferentes momentos lo que es la “alegría de conocer la noticia de la salvación”. Así, por ejemplo, los que se “maravillan de las palabras de gracia que salían de su boca” (4,22); los que se asombraban ante los exorcismos (11,4) y los milagros que lleva a cabo (8,25.43). También los escribas y los sumos sacerdotes se “asombraron” de la respuesta que les da sobre el tema de los impuestos del César (20,26).

La pregunta de María no es necesariamente una reprensión, sino un deber de Madre de pedir explicaciones a su Hijo ante una conducta hasta entonces inusitada del Niño. La Virgen sabía desde el anuncio del ángel que el Niño Jesús era Dios. Esta fe fundamentó una constante actitud de generosa fidelidad a lo largo de toda su vida, pero no tenía por que incluir el conocimiento concreto de todos los sacrificios que Dios le pediría, ni el modo como Cristo llevaría a cabo su misión redentora. Lo iría descubriendo en la contemplación de la vida de nuestro Señor.

La respuesta de Jesús en el versículo 49 es una explicación, no un reproche. Jesús se lamenta únicamente de toda esa preocupación y esa ansiedad inútil; parece preguntarse: ¿cómo se explica que aún no hayan comprendido que su vocación particular le llama a otros lugares. Son, por otro lado, unas palabras muy importantes: en primer lugar, porque son las primeras palabras de Jesús que recoge el Evangelio; en segundo lugar, porque enseñan claramente su condición de Hijo de Dios, y no en una circunstancia cualquiera, sino precisamente delante de San José; en tercer lugar, porque desvelan ya la conciencia mesiánica del Niño. En efecto, Jesús usa ya la expresión *dei*, “debo”, “conviene”. No es correcto afirmar, como se ha hecho más de una vez, que Jesús adquiriera “conciencia de Hijo de Dios” o de “Mesías” sólo en la edad adulta o arrastrado por las circunstancias de su vida pública. Más bien, esta conciencia se despertó paralelamente al uso de razón y al crecimiento en el sentido de responsabilidad, que aleja de la infancia al joven que va madurando su personalidad.

Por otro lado, esta “autoafirmación” del joven es una etapa necesaria en su vida, autoafirmación que suele ser conflictiva en aquellas familias poco atentas a la condición personal de los hijos. Los hijos, en efecto, no son propiedad de los padres, y las decisiones sobre su vocación, su proyecto de vida, son decisiones exclusivas del hijo.

María y José se dieron cuenta de que la respuesta del muchacho entrañaba un sentido un profundo que no llegaban a entender. Lo fueron comprendiendo a medida que los acontecimientos de la vida de su Hijo se iban desarrollando. La fe de María y José y su actitud de reverencia frente al Niño les llevaron a no preguntar más por entonces, y a meditar, como en otras ocasiones, las obras y palabras de Jesús.

3.10 Vida oculta de Jesús en Nazaret (2,51-52)

⁵¹Y bajó con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. ⁵² Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.

El Evangelio nos resume de manera admirable la vida oculta de Jesús en Nazaret con esta breve frase: “Les estaba sujeto”, les obedecía.

Según la naturaleza humana Jesús Niño crecía como uno de nosotros. El crecimiento en sabiduría ha de entenderse en cuanto a la ciencia experimental: los conocimientos adquiridos por su entendimiento humano a partir de las cosas sensibles y de la experiencia de la vida.

En la humanidad de Jesús había tres clases de ciencia: 1. La *ciencia de los bienaventurados* (visión de la esencia divina) en razón de la unión hipostática (unión de la naturaleza humana de Cristo con la divina en la única persona del Verbo). Esta ciencia no podía crecer. La *ciencia infusa*, que perfeccionaba su

inteligencia y por la que conocía todas las cosas, incluso las ocultas, como el interior de los corazones de los hombres. Esta ciencia tampoco podía aumentar. 3. La *ciencia adquirida*, por la cual, como los demás hombres, adquiriría nuevos conocimientos a partir de las experiencias sensibles. Esta, evidentemente, crecía con el paso de los años.

En cuanto a la gracia, propiamente hablando, Jesús no podía crecer. Desde el primer instante de su concepción tenía la gracia en toda su plenitud por ser verdadero Dios en razón de la unión hipostática. Por eso, la expresión “Jesús crecía... en gracia” entraña problemas de interpretación. Parece que San Lucas subraya este “crecimiento” de Jesús (Ver Lucas 2,40) para combatir a los Docetistas y a los Apolinaristas que negaban la existencia de una inteligencia humana en Cristo. Cabe entenderlo de la siguiente manera: A los ojos de Dios y de los hombres, y a medida que el Niño abandonaba la infancia y manifestaba su libertad en la búsqueda del bien, se ponía de manifiesto la santidad de su alma, oculta hasta entonces por lo que acostumbramos a llamar la “inocencia” infantil. Podemos suponer que las personas que re rodeaban en la tierra sentiría por el una admiración cada vez mayor: sus cualidades naturales y morales aparecían bajo muchos puntos de vista excepcionales, aunque sin hacer de él un superhombre, hecho que hubiera ido en contra de la “naturalidad” de la encarnación.

4 Ministerio entre Galilea y Jerusalén (9,51-19,27)

Estos diez capítulos comprenden lo que se llama la “gran inserción” de San Lucas. Contienen noticias exclusivas del tercer evangelio a los que da unidad la reiterada expresión de que Jesús está en “camino hacia Jerusalén” (Lc 9,51.53; 13,33; 17,11; 18,31; 19,11).

Para nuestro estudio la dividiremos en siete secciones:

1	Salida de Galilea y misión de los discípulos	9,51-10,24
2	Hacia la vida eterna	19,25 – 11,23
3	Otras disputas	11,14-54
4	Instrucciones a los discípulos	12,1-53
5	Nuevas enseñanzas a la multitud	12,54 – 14,24
6	Lo que cuesta ser discípulo y la misericordia del Padre celestial	14,25 – 17,10
7	Últimas enseñanzas en el camino hacia Jerusalén	17,11 – 19,27

4.1 Salida de Galilea y misión de los discípulos (9,51 – 10,24)

4.1.1 Los campesinos samaritanos (9, 51-56)

⁵¹ Y cuando estaba para cumplirse el tiempo de su partida, Jesús decidió firmemente marchar hacia Jerusalén. ⁵² Y envió por delante unos mensajeros, que entraron en una aldea de samaritanos para prepararle hospedaje; ⁵³ y no le acogieron, porque daba la impresión de ir a Jerusalén. ⁵⁴ Al ver esto, sus discípulos Santiago y Juan dijeron: Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma? ⁵⁵ Y volviéndose les reprendió. ⁵⁶ Y se fueron a otra aldea

La expresión “tiempo de su partida” significa literalmente “tiempo de su ascensión”. Estas palabras se refieren al momento en que Jesucristo, abandonando este mundo, ascienda a los cielos. El Evangelista describe la subida a Jerusalén como una ascensión progresiva al lugar donde iba a manifestarse la salvación. Al encaminarse decididamente a Jerusalén, hacia la Cruz, Jesús cumple voluntariamente lo que

Dios Padre había determinado: que por su Pasión y Muerte llegase a la Resurrección y Ascensión gloriosas.

Los samaritanos eran enemigos de los judíos. Esta enemistad provenía de que aquellos descendían de la fusión de los antiguos hebreos con los gentiles que repoblaron la región de Samaría en la época del cautiverio asirio (siglo VIII antes a. C.). A este motivo se añadían otros de tipo religioso: los samaritanos habían mezclado con la religión de Moisés ciertas prácticas supersticiosas, y no reconocían el Templo de Jerusalén como el único lugar donde se podían ofrecer sacrificios. Construyeron su propio templo en el monte Garizín, que oponían al de Jerusalén (Ver el diálogo de Jesús con la samaritana: Jn 4,20ss); por esta razón, al darse cuenta de que Jesús se dirigía a la Ciudad Santa, no quisieron darle hospedaje. Más adelante veremos cómo Jesús alabará a algunos individuos samaritanos en dos episodios que sólo San Lucas refiere (Véase la parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37) y la curación de los diez leprosos (Lc 17,11-19).

Jesús corrige el deseo de venganza de sus discípulos, opuesto a la misión del Mesías, que no ha venido a perder a los hombres, sino a salvarlos (Cf. Lc 19,10; Jn 12,47) De este modo los discípulos van aprendiendo que el celo por las cosas de Dios no debe ser áspero y violento. Es de advertir que entre el “reprendió” del v. 55 y el “Y se fueron” del v. 56 la Vulgata clementina incluye la cláusula: “diciendo: No sabéis a qué espíritu pertenecéis. El Hijo del Hombre no ha venido a perder a los hombres, sino a salvarlos”. Esta cláusula viene en bastantes códices griegos y versiones antiguas, pero no existe en los mejores y más antiguos manuscritos. Por eso la *Neovulgata* no ha recogido este pasaje.

El Señor hace admirablemente todas las cosas (...). Actúa así con el fin de enseñarnos que la virtud perfecta no guarda ningún deseo de venganza, y que donde está presente la verdadera caridad no tiene lugar la ira y, en fin, que la debilidad no debe ser tratada con dureza, sino que debe ser ayudada. La indignación debe estar lejos de las almas santas y el deseo de venganza lejos de las almas grandes. (Expositio, in loc.)

4.1.2 Seguir a Jesús sin condiciones (9,57-62)

⁵⁷ Mientras iban de camino, uno le dijo: Te seguiré adonde quiera que vayas. ⁵⁸ Jesús le dijo: Las zorras tienen sus guaridas y los pájaros del cielo sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza. ⁵⁹ A otro le dijo: Sígueme. Pero éste contestó: Señor, permíteme ir primer a enterrar a mi padre. ⁶⁰ Y Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios. ⁶¹ Y otro dijo: Te seguiré, Señor, pero primero permíteme despedirme de los de mi casa. ⁶² Jesús le dijo: Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.

Aparecen aquí, reunidas en una misma perícopa, tres vocaciones de discípulos. Las de los dos primeros las recoge también San Mateo. Las expresiones “sígueme”, “seguir a Jesús” tienen en el Nuevo Testamento un alcance preciso: “Seguir a Jesús” es ser su discípulo (Mt19,28). Ocasionalmente las multitudes “le siguen”; pero los verdaderos discípulos son “los que le siguen” de modo permanente, siempre; hasta el punto de que existe una equivalencia entre “ser discípulo de Jesús” y “seguirle”. Después de la Ascensión del Señor, “seguirle” se identifica con ser cristiano (He 8,26).

La expresión “Hijo del Hombre” con que Jesús se llama a sí mismo es uno de los títulos para designar al Mesías en el Antiguo Testamento. Como título mesiánico aparece por primera vez en Dan 7,14 y era utilizado en la literatura judía del tiempo de Jesús. Hasta la predicación del Señor no había sido entendido en toda su profundidad. El título de “Hijo del Hombre” estaba menos comprometido con las aspiraciones judías de un Mesías terrenal; por esta causa fue preferido por Jesús para designarse a sí mismo como Mesías, sin reavivar el nacionalismo hebreo. De tal título mesiánico, que en la mencionada profecía de Daniel reviste un carácter trascendente, se servía el Señor para proclamar de un modo discreto su mesianismo previniendo falsas interpretaciones políticas. Los Apóstoles, después de la Resurrección de Jesús, acabaron de comprender que “Hijo del Hombre” equivalía precisamente a “Hijo de Dios”.

La frase “deja a los muertos enterrar a sus muertos”, a primera vista tan dura, responde al lenguaje que a veces empleaba Jesús. En este lenguaje se entiende bien que sean llamados “muertos” los que se afanan por las cosas percederas, excluyendo de su horizonte la aspiración a las perennes.

Si Jesús se lo prohibió, no es porque nos mande descuidar el honor debido a quienes nos engendraron, sino para darnos a entender que nada ha de haber para nosotros más necesario que entender en las cosas del cielo, que a ellas hemos de entregarnos con todo fervor y que ni por un momento podemos diferirlas, por muy ineludible y urgente que sea lo que pudiera apartarnos de ellas (San Juan Crisóstomo, Homilías sobre San Mateo, 27).

En cuanto a la tercera vocación, la respuesta de Jesús significa que la vocación divina no admite condiciones. No es que el Maestro exija una descortesía, una falta de educación. Más bien parece que en este “voluntario” vea una cierta indecisión, y por eso declara que la llamada de Dios es inapelable, una vocación que, una vez descubierta, no acepta respuestas condicionadas.

4.1.3 La misión de los setenta y dos discípulos y su regreso (10,1-24)

¹Después de esto, designó el Señor a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí, a todas las ciudades y sitios por donde él había de pasar. ²Y les dijo: “La mies es mucha, y los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. ³Id; mirad que os envíe como corderos en medio de lobos. ⁴No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias. Y no saludéis a nadie por el camino. ⁵En la casa en que entréis, decid primero: “Paz a esta casa”. ⁶Y si hubiere allí algún hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros. ⁷Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, porque el obrero tiene derecho a su salario. No vayáis de casa en casa. ⁸En la ciudad en que entréis y os reciba, comed lo que os pongan; ⁹curad los enfermos que haya en ella, y decidles: “El Reino de Dios está cerca de vosotros”. ¹⁰En la ciudad en que entréis y no os reciban, salid a sus plazas y decid: ¹¹“Hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies, os lo sacudimos. Pero sabed, con todo, que el Reino de Dios está cerca”. ¹²Os digo que en aquel día habrá menos rigor para Sodoma que para la ciudad aquella.

Gracias a San Lucas, sabemos que Jesús propuso dos misiones, dos “experiencias evangelizadoras” a los discípulos. La primera la narran los tres Sinópticos (Mt 10, 1-14; Mc 6,7-12; Lc 9,1-6), y fue encomendada sólo a los Doce Apóstoles. La segunda, ésta, fue una misión más amplia: a setenta y dos discípulos, y sin las restricciones de la primera (“No vayáis a tierra de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos” Mt 10,5).

La expresión “No saludéis a nadie por el camino” era una forma normal de recomendar diligencia en el cumplimiento de una misión, y no denota descortesía.(Cf. 2 Re, 4, 29)

La expresión “Paz a esta casa” es un saludo plenamente hebreo. Igualmente, “hijo de la paz” significa en lenguaje bíblico la plenitud de la salvación.

La expresión “el obrero tiene derecho a su salario” aparece, más matizada en San Mateo, que dice “el obrero merece su sustento” (Mt 10,10). Y se puede interpretar no sólo como que los beneficiarios de la predicación evangélica deben proveer al sostenimiento de los enviados, sino también como que el signo de hospitalidad, de ofrecer comida y bebida, es un modo de confirmar que la casa acepta el Evangelio.

La expresión “comed de lo que os pongan” parece un consejo bastante útil, en previsión de que los discípulos habrían de entrar en casa de paganos, como años más tarde habrá de aclarar San Pablo (1 Cor 10,27).

¹³¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotros, tiempo ha que, sentados con saco y ceniza, se habrían convertido. ¹⁴Por eso, en el Juicio habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para vosotras. ¹⁵Y tú,

Cafarnaún, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el infierno te hundirás!*¹⁶*El que os escucha a vosotros, a mí me escucha; y el que me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado.

Corozáin y Betsaida eran dos ciudades florecientes situadas en la orilla norte de lago de Genesaret, no lejos de Cafarnaún. Durante su ministerio público Jesús predicó con frecuencia en estas ciudades, y obró muchos milagros; en Cafarnaún enseñó la doctrina de su Cuerpo y Sangre, la Sagrada Eucaristía. Tiro y Sidón, las dos capitales de Fenicia, junto con Sodoma y Gomorra –todas ellas célebres por sus vicios-, eran ejemplos clásicos entre los judíos para designar el castigo de Dios (Ez 26-28; Is 23). Con estas alusiones, Jesús resalta la ingratitud de las personas que pudieron conocerle, pero no se convirtieron: en el día del juicio se les pedirán cuentas más estrechas: “A todo el que se le ha dado mucho, mucho se le exigirá” (Lc 12,48).

“El que a vosotros oye...” En la misma tarde de la Resurrección el Señor transmitirá formalmente a los Apóstoles esta autoridad para representarle, misión que Él había recibido del Padre, y les otorgará poderes semejantes a los suyos:

Les dijo de nuevo: La paz sea con vosotros. Como el Padre me envió, así os envió yo. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, se son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos (Jn 20,21-23)

Días más tarde, confiere a Pedro el primado que antes le había prometido (Jn 21,15-17). A Pedro le ha sucedido el Romano Pontífice, y a los Apóstoles, los Obispos. Por eso,

Los Obispos, cuando enseñan en comunión con el Romano Pontífice, deben ser respetados por todos como testigos de la verdad divina y católica (...). Este obsequio religioso de la voluntad y del entendimiento ha de prestarse de modo especial al Magisterio auténtico del Romano Pontífice, aun cuando no hable “ex cathedra” (CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática Lumen gentium, n. 25).

¹⁷Regresaron los setenta y dos llenos de alegría, diciendo: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre. ¹⁸Él les dijo: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo”. ¹⁹Os he dado poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda potencia enemiga, y nada os podrá hacer daño; ²⁰pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos”.

Una vez más, aparece un tema tan propio de San Lucas como el de la alegría; en este caso por el éxito de los discípulos en su segunda misión evangelizadora, y, en concreto, exultantes por su propia experiencia de poder espiritual. Para que no se dejen arrastrar por la soberbia, Jesús tiene que hacerles rectificar: “No os alegréis de que los espíritus se os sometan”. Las almas no son propiedad ni del demonio ni del apóstol, sino de Dios.

Satanás aparece aquí por primera vez en el Evangelio de San Lucas. El término se refiere al mismo ser malvado indicado como “ho diabolos”, *el diablo*. Los demonios son sus agentes en la tierra. La “caída de Satanás” a que se refiere Jesús representa simbólicamente la destrucción del poder del príncipe del mal con la llegada del Reino, manifestado por la expulsión de los demonios (Lc 11,20).

²¹En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. ²²Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”. ²³Volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: “¡dichosos los ojos que ven lo que veis! ²⁴Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron.

Este mismo pasaje está en el Evangelio de San Mateo (Mt 11,25-27); pero mientras éste dice: “En aquel tiempo dijo Jesús”, San Lucas añade: “Lleno de gozo del Espíritu Santo”. Una vez más nos encontramos con dos temas favoritos del tercer Evangelio: la alegría y el Espíritu Santo.

Los prudentes y sabios de este mundo no son precisamente los virtuosos. Hay una “prudencia de la carne” que no tiene nada que ver con la virtud cristiana de la prudencia, sino que es cobardía y falta de confianza en Dios. Hay una sabiduría terrenal, la de los que confían en su propia sabiduría y no pueden aceptar la revelación que Cristo nos ha traído. La visión sobrenatural va siempre unida a la humildad. El que se considera poca cosa delante de Dios, el humilde, ve; el que está pagado de su propia valía no percibe lo sobrenatural.

El versículo 22 es una declaración por parte de Cristo de su condición divina. Así lo explica San Ambrosio:

Esta es una expresión maravillosa para nuestra fe, porque cuando lees “todo” comprendes que Cristo es todopoderoso, que no es inferior al Padre, ni menos perfecto; cuando lees “me ha sido entregado”, confiesas que Cristo es el Hijo, al cual todo pertenece de derecho por la consubstancialidad de naturaleza y no por gracia de donación(Expositio... in loc.).

Cristo aparece aquí Omnipotente, Señor y Dios, consubstancial con el Padre, y el único que puede revelar quién es el Padre. Al mismo tiempo sólo podemos conocer la naturaleza divina de Jesús si el Padre –como hizo con San Pedro (Cfr. Mt 16,17) - nos da la gracia de la fe.

“Dichosos los ojos...”. Sin duda que el haber visto a Jesús personalmente fue una suerte maravillosa para quienes creyeron en Él. No obstante, el Señor dirá a Tomás: “Bienaventurados los que sin haber visto han creído”(Jn 20,29). Y San Pedro, en su primera Carta, nos dice: “A quien amáis sin haberlo visto; en quien creéis sin verlo aún, y os alegráis con un gozo inefable y glorioso, alcanzando así la meta de vuestra fe, la salvación de las almas”(1 Pe 1,8-9).

4.2 Hacia la vida eterna (10,25-11,23)

4.2.1 La parábola del buen samaritano (10,25-37)

²⁵Se levantó un doctor de la ley y dijo para tentarle: “Maestro, ¿Qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna? ²⁶Él le contestó: ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees? ²⁷Y éste le respondió: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo. ²⁸Y le dijo: Has respondido bien: haz esto y vivirás. ²⁹Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? ³⁰Entonces Jesús, tomando la palabra, dijo: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos salteadores que, después de haberle despojado, le cubrieron de heridas y se marcharon, dejándolo medio muerto. ³¹Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote; y, viéndole, pasó de largo. ³²Asimismo, un levita, llegando cerca de aquel lugar, lo vio y pasó de largo. ³³Pero un samaritano que iba de camino llegó hasta él, y al verlo se movió a compasión, ³⁴y acercándose vendó sus heridas echando en ellas aceite y vino; lo hizo subir sobre su propia cabalgadura, lo condujo a la posada y él mismo lo cuidó. ³⁵Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: Cuida de él, y lo que gastes de más te lo daré a mi vuelta. ³⁶¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo de aquel que cayó en manos de salteadores? ³⁷Él le dijo: El que tuvo misericordia con él. Pues anda, le dijo entonces Jesús, y haz tú lo mismo.

En esta entrañable parábola, que sólo recoge San Lucas, el Señor da una explicación concreta de quién es el prójimo y de cómo hay que vivir la caridad con él, aunque sea nuestro enemigo. Llama la atención la elección de los personajes: por un lado, los que se desentienden del prójimo pertenecen precisamente a las clases dirigentes religiosas del pueblo: un sacerdote y un levita, mientras que el protagonista pertenece a una tribu repudiada por el pueblo judío: un samaritano.

San Agustín, siguiendo a otros Santos Padres(*De verb. Dom. Serm.*, 37), identifica al Señor con el buen samaritano, y al hombre asaltado con Adán, origen y figura de toda la humanidad caída. Llevado de esa compasión y misericordia, baja a la tierra para curar las llagas del hombre, haciéndolas suyas propias (Is 53,4; Mt 8,17; 1 Pe 2,24; 1 Jn 3,5). Así, en más de una ocasión, vemos cómo Jesús se compadece y conmueve ante el sufrimiento del hombre(Mt 9,36; Mc 1,41; Lc 7,13). En efecto, dice San Juan:

En esto se demostró el amor de Dios hacia nosotros, en que envió a su Hijo unigénito al mundo para que por Él tengamos vida. Y en esto consiste su amor, que no es porque nosotros hayamos amado a Dios, sino porque Él nos amó primero a nosotros, y envió a su Hijo a ser víctima de propiciación por nuestros pecados. Queridos, si así nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros (1 Jn 4,9-11).

Esta parábola deja claro quién es nuestro prójimo. En efecto, la víctima de los salteadores no es identificada, ni como samaritano o judío. Nuestro prójimo es cualquiera que esté al alcance de nuestra caridad, sin distinción alguna de raza, de amistad, etc. De igual modo queda claro cómo hay que amar al prójimo: teniendo misericordia con él, compadeciéndonos de su necesidad espiritual o corporal; y esta disposición tiene que ser eficaz, concreta, debe manifestarse en obras de entrega y de servicio, no puede quedarse en sólo sentimiento.

La parábola quiere provocar a sus oyentes inmediatos a salir de su autocomplacencia de pueblo “elegido”. Como modelo a seguir para alcanzar la verdadera piedad se cita precisamente uno de aquellos despreciados samaritanos. Comparando la actitud de los ministros del Templo con la generosidad del odiado samaritano, los oyentes no pueden dejar de comprender la naturaleza absoluta e ilimitada del deber del amor. La misericordia trasciende las barreras nacionales y raciales. Una enseñanza así era parte integrante, sin más, de la proclamación del Reino.

Una concreción del amor la ha plasmado la espiritualidad cristiana en las llamadas *Obras de Misericordia* (Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2447), que se denominan así precisamente porque no se deben por justicia. Son catorce, siete espirituales y siete corporales:

Las espirituales son:

- Enseñar al que no sabe,
- Dar buen consejo al que lo necesita.
- Corregir al que yerra.
- Perdonar las injurias.
- Consolar al triste.
- Sufrir con paciencia los defectos del prójimo.
- Rogar a Dios por los vivos y los muertos.

Las corporales son:

- Visitar a los enfermos.
- Dar de comer al hambriento.
- Dar de beber al sediento.
- Redimir al cautivo.
- Vestir al desnudo.
- Dar posada al peregrino.
- Enterrar a los muertos.

Es muy probable, además, que nuestro Señor corrigiera también con esta parábola una de las deformaciones y exageraciones a las que había llegado la falsa piedad judaica entre sus contemporáneos. Según la ley de Moisés el contacto con los cadáveres hacía contraer la impureza legal, que se reparaba con diversas abluciones y lavados (Cfr. Num 19,11-22; Lev 21,1-4.11-12). Estas disposiciones no estaban dadas para impedir el auxilio a los heridos o enfermos, sino para otros fines secundarios higiénicos y de respeto a los cadáveres. La aberración en el caso del sacerdote y del levita de la parábola consistió en que, ante la duda de si el hombre asaltado por los ladrones estaba muerto o no, antepusieron una mala interpretación de un precepto secundario y ritual de la Ley, frente al mandamiento más importante: el amor al prójimo y la ayuda que se le debe prestar.

Finalmente, consideremos que, en el transcurso de la parábola cambia el significado de “prójimo”: al inicio el “prójimo” es la persona socorrida, al final es cualquiera que por compasión ayuda a la persona necesitada. La explicación está en el inicio de la escena. San Lucas hace notar que la pregunta está hecha con una intención retorcida: “*Se levantó un doctor de la ley y dijo para tentarle*”. Cristo obliga al doctor de la ley a responder a su propia pregunta y le muestra que la ha planteado desde un punto de vista equivocado. La pregunta completa, según la intención del maestro de la Ley, era ésta: “*¿Quién es el prójimo para un hebreo?*”. La pregunta “*¿Quién es mi prójimo?*” se sustituye por otra: “*¿De quién soy yo prójimo, para prestarle ayuda a quien tiene derecho a recibir?*”.

4.2.2 En casa de Marta y María (10,38-42)

La narración de San Lucas sigue el curso de los acontecimientos de San Marcos: última cena, agonía y arresto en el huerto, proceso, crucifixión y sepultura, seguido de las apariciones y la ascensión, propio de Lucas. Dentro de esta marco, el tercer Evangelio introduce cambios y añadidos, que se refieren sobre todo a las palabras de Jesús durante la última Cena, el paso del proceso hebreo de la noche a la mañana, el papel de Herodes y el sentido de la muerte de Jesús.

5 Pasión del Señor

5.1 Cronología de la Pascua

Se sabe con certeza que el Señor murió un viernes (Cfr. Mt 27,62; Mc 15,42; Lc 23,54; Jn 19,31) del mes hebreo de Nisán, dentro del mes de abril de nuestro calendario. En cuanto al año, casi todas las probabilidades están a favor del 30 de la era cristiana; pero no puede excluirse del todo el año 33. Con respecto al día del mes, Nuestro Señor murió el 14 ó 15 de Nisán. Es muy difícil determinar si la Muerte de Cristo ocurrió el 14 o el 15 de Nisán, pues los datos que aporta San Juan difieren de los otros tres evangelistas. En efecto, los Sinópticos dicen que el Señor celebró la Última Cena “en el primer día de los Ázimos, cuando sacrificaban el cordero Pascual” (Mc 14,12). Esto correspondía a la tarde del 14 de Nisán (jueves, 7 de abril). Su Muerte ocurriría el 15 de Nisán, día de la Pascua (viernes, 8 de abril), a primeras horas de la tarde. Sin embargo, varios detalles de los mismos Evangelios Sinópticos parecen indicar que el día de la Muerte del Señor no podía ser el día de Pascua (Por ejemplo, es poco probable que se infringiera el descanso previsto para el día de Pascua, como implican las acciones de Simón Cireneo, que venía del campo, o de José de Arimatea que compra una sábana, o de las piadosas mujeres que preparan los aromas y ungüentos).

Por su parte, el Evangelio de San Juan sitúa la muerte del Señor en el día anterior a la Pascua, el día de la Parasceve, que corresponde al 14 de Nisán. La única dificultad que presenta es que Jesús celebraría la última Cena un día antes de la fecha señalada por el calendario oficial judío, esto es en la noche del 13 de Nisán (miércoles, 6 de abril).

La explicación más probable es que, aparte de que en aquellos tiempos no podía hacerse con la precisión astronómica que después se ha conseguido, los mismos judíos andaban divididos sobre la fecha de la Pascua y, de hecho, la celebraban en días diferentes según sus tradiciones. Los saduceos evitaban

que el 15 de Nisán cayera en viernes y, por tanto, ya modificaban el calendario del comienzo de año. Por el contrario, los fariseos se atenían a celebrar la Pascua en el día de la semana en que cayese.

Lo más seguro es que Jesús, como los fariseos y la mayoría del pueblo, celebró la última cena en la noche del jueves al viernes, mientras que los saduceos y las clases altas del judaísmo la celebraron la noche del viernes al sábado. El cómputo de los Sinópticos se atendería al calendario popular y el de San Juan al de los saduceos. En realidad, San Juan no se equivoca de fecha, sino que usa un calendario diferente.

6 La Cena Pascual (22,1-3)

6.1 Conspiración y traición (22,1-6)

¹Se acercaba la fiesta de los Ázimos, llamada Pascua. ²Los sumos sacerdotes y los escribas andaban buscando cómo hacerle desaparecer, pues temían al pueblo. ³Entonces Satanás entró en Judas, llamado Iscariote, que era del número de los Doce; ⁴y se fue a tratar con los sumos sacerdotes y los jefes de la guardia del modo de entregárselo. ⁵Ellos se alegraron y quedaron con él en darle dinero. ⁶Él aceptó y andaba buscando una oportunidad para entregarle sin que la gente lo advirtiera.

La fiesta de los Ázimos, en tiempo de Jesús, no se distinguía netamente de la fiesta de la Pascua. Se celebraban juntas, aunque en su origen, la de los Ázimos duraba 7 días, del 15 al 21 de Nisán (primer mes del año) y la de la Pascua era una noche, la del 14 al 15 de Nisán, coincidiendo con la primera luna llena después del equinoccio de primavera. La fiesta de la Pascua, la más solemne de las fiestas judías, fue instituida por Dios para conmemorar la salida de los israelitas de Egipto y recordarles la miserable esclavitud a que habían estado sometidos, de la que Él, con su poder, les había liberado (Dt 16,3). Empezaba poco después de la puesta del sol, con la cena Pascual, y se prolongaba con los Ázimos hasta el día 21. Según la prescripción de Moisés (Ex 12, 15-20), la misma tarde del día 14 los judíos eliminaban de su casa la levadura y comían panes ázimos durante todos los días de la fiesta. Así recordaban que en el momento de la salida de Egipto los judíos no pudieron llevar consigo pan fermentado, por tener que huir precipitadamente (Ex 12,34).

Todo esto era figura de la renovación que obraría Cristo:

Expurgad fuera la levadura vieja, para que seáis masa nueva, ya que sois ázimos. Porque Cristo, nuestro Cordero Pascual, fue inmolado. Por tanto celebremos la fiesta no con levadura vieja, ni con levadura de malicia y de perversidad, sino con ázimos de sinceridad y de verdad (1 Cor 5,7-8).

A diferencia de Mateo y Marcos, San Lucas señala que “Satanás entró en Judas”. Esta noticia está de acuerdo con una afirmación precedente exclusiva también del tercer evangelista, según la cual el diablo, después de haber tentado a Jesús en el desierto, *se alejó para volver en el tiempo oportuno* (Lc 4,13). La Pasión del Señor es el momento culminante de la lucha entre Dios y las potencias del mal. Ha llegado el “tiempo oportuno” del tentador, y también la hora del triunfo definitivo de Dios. Como dice la Liturgia:

Porque puso la salvación del género humano en el árbol de la Cruz, para que de donde salió la muerte saliese la vida, y el que venció en un árbol fuera en un árbol vencido (Misal Romano. Prefacio de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz).

6.2 Jesús envía a Pedro y a Juan para preparar la Pascua (22,7-13)

⁷Llegó el día de los Ázimos, en el que se había de inmolar el cordero de Pascua; ⁸y envió a Pedro y a Juan, diciendo: “Id y preparadnos la Pascua para que la comamos”. ⁹Ellos le dijeron: “¿Dónde quieres que la preparemos?”. ¹⁰Les respondió: “Cuando entréis en la ciudad, os saldrá al paso un hombre llevando un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en que entre, ¹¹y diréis al

dueño de la casa: “El Maestro te dice: ¿Dónde está la sala donde pueda comer la Pascua con mis discípulos?”. ¹²Él os enseñará en el piso superior una sala grande, ya dispuesta; haced allí los preparativos”. ¹³Fueron y lo encontraron tal como les había dicho, y prepararon la Pascua.

San Lucas –y los demás evangelistas- dan más importancia al “lugar” de la cena que al “modo” de su preparación. En realidad, ninguno de los evangelios habla del cordero pascual ni de su sacrificio en el Templo: entre judíos era de sobra conocido todo el ritual de la cena pascual. Sin embargo resaltan más tanto el lugar –era difícil encontrar un lugar apropiado en Jerusalén aquellos días, debido a la multitud de peregrinos- y el hecho de que Jesús les dé unas instrucciones algo vagas sobre el sitio. Da la impresión de que el Maestro, sabiendo de antemano las maquinaciones de Judas, quiera evitar que éste impida la celebración de la Cena.

6.3 La última cena (22,14-20)

¹⁴Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles; ¹⁵y les dijo: “Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; ¹⁶porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios”. ¹⁷Y tomando una copa, dio gracias y dijo: “Tomad esto y repartidlo entre vosotros; ¹⁸porque os digo que, a partir de este momento, no beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios”. ¹⁹Y tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: “Éste es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros; haced esto en memoria mía”. ²⁰De igual modo, después de cenar, el cáliz, diciendo: “Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros”.

En el relato lucano de la institución de la Eucaristía cabe destacar las siguientes particularidades. En primer lugar, el poner en boca de Jesús y muy cerca las palabras “Pascua” y “padecer”, que en hebreo suenan distintas, pero en griego son muy parecidas: “Pascha” y “paschein”. Asocia así la Pascua (el cordero) con el sufrimiento.

En segundo lugar, la mención de la primera copa, que no es la copa eucarística, sino una de las varias libaciones (hasta siete), que se hacían a lo largo de la cena. Hay que recordar que se trataba de una cena ritual, y que los diferentes manjares tenían un orden, intercalados con diferentes oraciones, también determinadas.

En tercer lugar, es el único relato que menciona las expresiones “cuerpo entregado” y “sangre derramada”. Para distinguirlo mejor, observemos los cuatro relatos de la institución de la Eucaristía puestos en paralelo:

1 Cor 11, 23-26	Lc 22, 19-20	Mt 26, 26-29	Mc 14, 22-25
<p>Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; <i>haced esto en recuerdo mío.</i>»</p> <p>Asimismo también la copa después de cenar diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, <i>hacedlo en</i></p>	<p>Y tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: “Éste es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros; <i>haced esto en memoria mía</i>”.</p> <p>De igual modo, después de cenar, el cáliz, diciendo: “Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros”.</p>	<p>Mientras estaban comiendo, tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: “Tomad, comed, éste es mi cuerpo.”</p> <p>Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: «Bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados. Y os digo que desde ahora no</p>	<p>Y mientras estaban comiendo, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio y dijo: «Tomad, este es mi cuerpo.»</p> <p>Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio, y bebieron todos de ella. Y les dijo: «Esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos. Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de</p>

<i>recuerdo mío.»</i> Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga.		beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre.»	Dios.»
---	--	--	--------

En cuarto lugar, observar que sólo San Lucas es el único de los evangelistas que, siguiendo a San Pablo, añade el mandato del Señor (“Haced esto en conmemoración mía”)

6.4 El traidor descubierto; promesas a los otros discípulos (22,21-30)

²¹Pero la mano del que me entrega está aquí conmigo sobre la mesa. ²²Porque el Hijo del hombre se marcha según está determinado. Pero ¡ay del hombre por quien es entregado!”.

Según el versículo 21, San Lucas sitúa el anuncio de la traición de Judas después de la institución de la Eucaristía; se supone, por tanto, que Judas había recibido el Sacramento. En el Evangelio de San Juan el traidor abandona la mesa después de haber recibido el bocado que sirvió para identificarlo (Jn 13,36). La estrecha conexión que se encuentra en Lucas entre las palabras eucarísticas y el anuncio de la traición, sugiere quizás que la presencia en la mesa del Señor no es una garantía contra la apostasía. Lo más probable es que Judas abandonara la Cena antes de la institución de la Eucaristía y que la expresión “la mano del que me entrega está aquí” sea un semitismo, como quien dice “la traición se está ejecutando en este momento”.

²³Entonces se pusieron a discutir entre sí, quién de ellos sería el que iba a hacer aquello. ²⁴Entre ellos hubo también un altercado sobre quién parecía ser el mayor. ²⁴Él les dijo: “Los reyes de las naciones gobiernan como señores absolutos, y los que ejercen la autoridad sobre ellos se hacen llamar bienhechores; ²⁶pero no así entre vosotros, sino que el mayor entre vosotros será como el menor y el que manda como el que sirve. ²⁷Porque ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve. ²⁸Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; ²⁹yo, por mi parte, dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, ³⁰para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

No era la primera vez que entre los Apóstoles surgía la cuestión de quién sería el mayor. Ya en el camino hacia Cafarnaún, después del segundo anuncio de la Pasión, habían discutido por el mismo motivo. En aquella circunstancia Jesús les puso como ejemplo de humildad a un niño (Mt 18,1-5; Mc 9,33-37; Lc 9,46). Poco después, con ocasión de la petición de la madre de Juan y Santiago, volvió a surgir la misma cuestión: los demás apóstoles se indignaron con los hijos de Zebedeo: El Señor intervino para calmarles y se puso a sí mismo como ejemplo: ***El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en redención por muchos*** (Mc 10,45; Mt 20,25-27).

Los Apóstoles no acababan de entender las explicaciones de Jesús. Cegados por su visión humana se vuelven ahora a la misma discusión. Jesús les había llamado a una mayor responsabilidad en la entrega mediante el anuncio de la traición de uno de ellos y mediante el mandato de renovar el Sacrificio Eucarístico. Como en otras ocasiones cuando los Apóstoles ponen de relieve sus méritos personales, Jesús les recuerda el ejemplo de su vida misma: Él era el mayor entre ellos, porque era Maestro y Señor (Jn 13,13), y, sin embargo, actuaba como el menor y les servía. Si tenemos en cuenta el acontecimiento del lavatorio de los pies antes de la cena, recogido por San Juan (Jn 13,4-11), la presente discusión entre ellos parece un mayor despropósito, y por eso el Señor debe hacerles una nueva llamada a la humildad. Para corresponder a la llamada divina hace falta humildad, una humildad que se manifieste en espíritu de servicio.

Pero como Dios nunca se deja ganar en generosidad, a la humildad de los Apóstoles corresponderá con una gran recompensa, algo que supera con creces toda ambición humana: Los Apóstoles participarán de

la amistad divina en el Reino de los Cielos y se sentarán sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. En todo caso, el ejemplo y las palabras de Cristo son norma fundamental de gobierno de la Iglesia; con las siguientes palabras explica el Concilio Vaticano II el mandato del Salvador:

Los Obispos, como vicarios y legados de Cristo, rigen las iglesias particulares que les han sido encomendadas, con sus exhortaciones y con sus ejemplos, pero también con su autoridad y sagrada potestad, de la que usan únicamente para edificar su grey en la verdad y en la santidad, recordando que quien es mayor ha de hacerse como el menor, y el que ocupa el primer puesto, como el servidor (CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 27).

El orgullo no sólo es contrario al Evangelio, sino también degradante de la misma condición humana:

Permitidme que os lo digamos como representante de una religión que opera la salvación por la Humanidad de su divino Fundador: es imposible ser hermano si no se es humilde, ya que es el orgullo el que provoca las tensiones y las luchas por el prestigio, por el predominio, por el colonialismo, por el egoísmo; es el orgullo el que rompe la fraternidad (PABLO VI, Discurso ante las Naciones Unidas, 4-X-1965).

6.5 Anuncio de las negaciones de Pedro (22,31-38)

³¹ ¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; ³² pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos". ³³ Él dijo: "Señor, estoy dispuestos a ir contigo hasta la cárcel y la muerte". ³⁴ Pero él dijo: "Te digo, Pedro: No cantará hoy el gallo antes que hayas negado tres veces que me conoces". ³⁵ Y les dijo: "Cuando os envié sin bolsa, sin alforja y sin sandalias, ¿os faltó algo?". Ellos dijeron: "Nada". ³⁶ Les dijo: "Pues ahora, el que tenga bolsa que la tome y lo mismo la alforja, y el que no tenga que venda su manto y compre una espada; ³⁷ porque os digo que es necesario que se cumpla en mí esto que está escrito: "Ha sido contado entre los malhechores". Porque lo mío toca a su fin". ³⁸ Ellos dijeron: "Señor, aquí hay dos espadas". Él les dijo: "Basta".

El nombre "Satanás" del v. 31 se refiere al mismo personaje del libro de Job. Se trata de la misma persona del demonio, pero con una particularidad: que recibe permiso de Dios para introducir el mal en el corazón del hombre. En el caso de Job, para poner a prueba su amistad con Dios; en el caso de los Apóstoles, para apartarlos de Jesús en los momentos cruciales inminentes, cosa que sucederá.

La promesa singular hecha a Pedro está en continuidad con la más genérica que le hizo Jesús a orillas del Jordán: **Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella** (Mt 16,18). Ahora, en este momento tan importante, cuando se acerca ya su muerte y acaba de instituir el Sacrificio de la Nueva Alianza, el Señor renueva a Pedro la promesa del primado: la fe de Pedro, a pesar de su caída, no puede desfallecer, porque está apoyada en la eficacia de la oración del mismo Señor. Jesucristo concede a Pedro un privilegio que es al mismo tiempo personal y transmisible: personal, porque no se concede a los otros Apóstoles; transmisible, porque lo recibirán sus sucesores: su fe no desfallecerá. Es la indefectibilidad de la fe del Romano Pontífice, que se manifiesta en la permanencia inviolable de la verdadera fe, que está garantizada por el carisma de la infalibilidad.

*Esta infalibilidad, que el divino Redentor quiso que tuviese su Iglesia cuando define la doctrina de fe y costumbres, se extiende a cuanto abarca el depósito de la Revelación, que debe ser custodiado santamente y expresado con fidelidad. El Romano Pontífice, Cabeza del Colegio Episcopal, goza de esta misma infalibilidad en razón de su oficio, cuando como supremo Pastor y Doctor de todos los fieles, que confirma en la fe a sus hermanos, proclama de una forma definitiva la doctrina de fe y costumbres (CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 25).*

7 La Pasión

7.1 Oración y agonía en Getsemaní (22,39-46)

³⁹ *Salió y, como de costumbre, fue al monte de los Olivos, y los discípulos le siguieron.*
⁴⁰ *Llegado al lugar les dijo: «Pedid que no caigáis en tentación.»* ⁴¹ *Y se apartó de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba* ⁴² *diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.»* ⁴³ *Entonces, se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba.* ⁴⁴ *Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra.* ⁴⁵ *Levantándose de la oración, vino donde los discípulos y los encontró dormidos por la tristeza;* ⁴⁶ *y les dijo: «¿Cómo es que estáis dormidos? Levantaos y orad para que no caigáis en tentación.»*

Estamos ante un pasaje de los denominados “cruz de los exegetas”, porque contiene dificultades para la teología. Concretamente, la de la *voluntad humana* de Cristo.

Nunca se ha puesto en duda la aceptación de la voluntad del Padre por parte de Jesús. Pero esto no hace menos real su “agonía” (*âgon*, en griego, significa lucha). En los tres sinópticos encontramos la misma oración filiar, lacerada entre el rechazo y la aceptación de la voluntad del Padre, la misma tentación superada en la soledad y en la noche. San Marcos no habla de “agonía”, pero sí de “pavor y angustia” (Mc 14,33). En todo caso, se trata de una intensa lucha psicológica interna en el alma humana de Jesús. Jesús había dicho a Pedro que rezaba por él. En Getsemaní ha tenido que rezar por sí mismo. Él no pide a los discípulos que recen por él, sino que velen con él. Frases como “no se haga mi voluntad, sino la tuya” muestran que sólo gradualmente uniformó Jesús la propia voluntad a la del Padre, y aquí nos encontramos ante un misterio que la inteligencia humana no puede medir.

Es inevitable traer aquí otro texto sagrado, de la Carta a los Hebreos:

El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios Sumo Sacerdote a semejanza de Melquisedec (Heb 5,7-10).

Los versículos 43 y 44 no aparecen en algunos códices antiguos. Más que un añadido piadoso, parecen ser auténticos del Evangelista, y, su ausencia en algunos manuscritos importantes se explica porque se consideraban incompatibles con la dignidad del Hijo de Dios.

Conviene hacer aquí una explicación de la herejía cristológica llamada monoteletismo. Fue San Máximo el Confesor, un gran teólogo bizantino del siglo VII, el que tuvo que combatir este error, una variante del monofisismo. El monofisismo sólo reconocía en Cristo una naturaleza, la divina. El monoteletismo sólo reconoce en Cristo una voluntad, la divina. Como consecuencia lógica de esta concepción, la oración de Jesús en Getsemaní era interpretada exclusivamente como expresión de su voluntad divina, como Logos, Verbo divino. Así, se eliminaba el aspecto trágico de su oración, pero también el valor salvífico de su acción humana, porque, siguiendo el primer axioma de la soteriología, *quod non est assumptum, non est sanatum*, lo que no fue asumido tampoco fue sanado. La voluntad humana de Cristo, que de modo instintivo rechazaba el sufrimiento, se acomodó a la voluntad de Dios de aceptar el sufrimiento redentor, mediante un acto de obediencia. Fue, en realidad, este acto de obediencia, el que nos salvó, al igual que el acto de obediencia de María, su *fiat*, el que abrió el misterio de la Encarnación.

Ahora bien, la obediencia dolorosa de Cristo, era la obediencia de la Persona divina del Hijo. Y por eso, el mérito humano, limitado de un acto virtuoso humano, se convierte en un mérito divino, infinito, sobreabundante y capaz de salvar a la humanidad entera.

Sobre los motivos del sufrimiento de Cristo hay magníficas páginas en la historia de la piedad cristiana (Véase, por ejemplo, LUIS DE LA PALMA, *La Pasión del Señor*, in loc). En resumen, atormentan al Señor no sólo el conocimiento de los dolores inminentes, sino también, los pecados de todo el género humano, la infidelidad del pueblo elegido y el escándalo de sus discípulos. Todas estas causas de congoja eran captadas en toda su intensidad por un alma dotada de una sensibilidad exquisita y una conciencia en nada cauterizada por el pecado original.

La liturgia de la Iglesia, el Viernes Santo, pone en boca de Cristo los “Improperios”:

*Pueblo mío, ¿qué te he hecho?
¿en qué te he ofendido? Respóndeme.*

*Yo te saqué de Egipto,
tú preparaste una cruz para tu salvador.*

*Hágios o Theos. Santo es Dios.
Hágios Ischyros. Santo y fuerte.
Hágios Athánatos, eléison himás.
Santo e inmortal, ten piedad de nosotros.*

*Yo te guíe cuarenta años por el desierto,
te alimenté con el maná,
te introduje en una tierra excelente.
Tú preparaste una cruz para tu salvador*

(MISAL ROMANO: *Celebración de la Pasión del Señor*, Cantos para la adoración de la Cruz).

Para acabar este apartado, consideremos el siguiente texto, escrito por Santo Tomás Moro en la Torre de Londres, poco antes de morir decapitado por orden del rey Enrique VIII de Inglaterra:

El miedo a la muerte o a los tormentos nada tiene de culpa, sino más bien de pena: es una aflicción de las que Cristo vino a padecer y no a escapar. No se ha de llamar cobardía al miedo a la tortura o a la misma muerte en una situación en la que es necesario luchar. Abandonar toda esperanza de victoria y entregarse al enemigo es, sin duda, un crimen grave en la disciplina militar. Por lo demás, no importa cuán perturbado y estremecido por el miedo esté el ánimo de un soldado; si a pesar de todo avanza cuando lo manda el capitán, y marcha y lucha y vence al enemigo, no ha de temer que su miedo pueda disminuir el premio. De hecho, debería recibir incluso mayor alabanza, puesto que hubo de superar no sólo al ejército enemigo, sino también su propio temor; y esto último, con frecuencia, es más difícil de vencer que el propio enemigo (SANTO TOMÁS MORO, La Agonía de Cristo, in loc.).

7.2 El arresto de Jesús (22,47-53)

⁴⁷Todavía estaba hablando, cuando se presentó un grupo; el llamado Judas, uno de los Doce, iba el primero, y se acercó a Jesús para darle un beso. ⁴⁸Jesús le dijo: «¡Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre!» ⁴⁹Viendo los que estaban con él lo que iba a suceder, dijeron: «Señor, ¿herimos a espada?» ⁵⁰y uno de ellos hirió al siervo del Sumo Sacerdote y le llevó la oreja derecha. ⁵¹Pero Jesús dijo: «¡Dejad! ¡Basta ya!» Y tocando la oreja le curó. ⁵²Dijo Jesús a los sumos sacerdotes, jefes de la guardia del Templo y ancianos que habían venido contra él: «¿Como contra un salteador habéis salido con espadas y palos? ⁵³Estando yo todos los días en el Templo con vosotros, no me pusisteis las manos encima; pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.»

A diferencia de Mateo y Marcos, San Lucas añade el detalle de la curación de la oreja, muy acorde, en un evangelista médico, con la especificación del “sudor como de sangre” de la escena anterior.

Judas, conforme a la señal que había dado (Cfr. Mt 26,48), se acerca a besar al Señor. Era un saludo habitual entre los judíos, que indicaba sentimientos afectuosos. Al besar se pronunciaba la palabra

shalom, paz. El Señor, que contempla dolorido la traición del Apóstol, trata a Judas con suma delicadeza y al mismo tiempo le hace presente la malicia y fealdad de su traición. Las palabras de Jesús constituyen el último intento par que Judas desista de su pecado. Y como, por el contrario, con quienes se encara en voz alta es con los jefes de la guardia del Templo, da la impresión de que le deja una puerta abierta al arrepentimiento y no lo delata ante los demás apóstoles.

7.3 La negación de Pedro y su arrepentimiento (22,54-62)

⁵⁴Entonces le prendieron, se lo llevaron y le hicieron entrar en la casa del Sumo Sacerdote; Pedro le iba siguiendo de lejos. ⁵⁵Habían encendido una hoguera en medio del patio y estaban sentados alrededor; Pedro se sentó entre ellos. ⁵⁶Una criada, al verle sentado junto a la lumbre, se le quedó mirando y dijo: «Este también estaba con él.» ⁵⁷Pero él lo negó: «¡Mujer, no le conozco!» ⁵⁸Poco después, otro, viéndole, dijo: «Tú también eres uno de ellos.» Pedro dijo: «Hombre, no lo soy!» ⁵⁹Pasada como una hora, otro aseguraba: «Cierto que éste también estaba con él, pues además es galileo.» ⁶⁰Le dijo Pedro: «¡Hombre, no sé de qué hablas!» Y en aquel momento, estando aún hablando, cantó un gallo, ⁶¹y el Señor se volvió y miró a Pedro, y recordó Pedro las palabras del Señor, cuando le dijo: «Antes que cante hoy el gallo, me habrás negado tres veces.» ⁶²Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente.

Hay dos diferencias entre Lucas y los pasajes paralelos de Mateo y Marcos. San Lucas no dramatiza tanto como los otros dos las negaciones de Pedro. Por otro lado, y esta es una diferencia notable, sitúa el juicio del Sanedrín a Jesús por la mañana del día siguiente, en lugar de durante la noche. Han que recordar que en Israel los juicios debían celebrarse de día.

Pedro dice por tres veces que no conoce a Jesús, que no es de sus seguidores. Sigue queriendo al Señor, pero esto no basta: tiene obligación, a pesar del riesgo evidente, de no disimular su condición de discípulo; por eso su negación constituye un grave pecado. No se puede negar ni disimular la propia fe, la condición de seguidor de Cristo, de cristiano.

Tras el canto del gallo (sólo Marcos puntualiza que el gallo cantó dos veces), se cruzan las miradas de Jesús y de Pedro. El Apóstol se conmueve: el gesto de Jesús, silencioso y lleno de ternura, es elocuente. Pedro comprende la gravedad de su pecado y el cumplimiento de la profecía del Señor respecto a su traición. Saliendo fuera “lloró amargamente”. Estas lágrimas son la reacción lógica de los corazones nobles, movidos por la gracia de Dios. Es el dolor de amor, la contrición del corazón, que, cuando es sincera, lleva consigo el firme propósito de poner por obra cuanto es necesario para borrar el pecado.

7.4 Ultrajes de la guardia y comparecencia ante el Sanedrín (22,63-71)

⁶³Los hombres que le tenían preso se burlaban de él y le golpeaban; ⁶⁴y cubriéndole con un velo le preguntaban: «¡Adivina! ¿Quién es el que te ha pegado?» ⁶⁵Y le insultaban diciéndole otras muchas cosas. ⁶⁶En cuanto se hizo de día, se reunió el Consejo de Ancianos del pueblo, sumos sacerdotes y escribas, le hicieron venir a su Sanedrín ⁶⁷y le dijeron: «Si tú eres el Cristo, dínoslo.» El respondió: «Si os lo digo, no me creeréis. ⁶⁸Si os pregunto, no me responderéis. ⁶⁹De ahora en adelante, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios.» ⁷⁰Dijeron todos: «Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?» El les dijo: «Vosotros lo decís: Yo soy.» ⁷¹Dijeron ellos: «¿Qué necesidad tenemos ya de testigos, pues nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca?»

La aparente contradicción entre Marcos/Mateo y Lucas sobre la hora del juicio puede resolverse siguiendo a San Juan, que explica que durante la noche Jesús fue interrogado de manera no oficial, por Anás, suegro del Sumo Sacerdote Caifás.

La reunión del Sanedrín el viernes por la mañana, sería la reunión oficial, para determinar la causa de la sentencia. En un primer momento, según Mateo y Marcos (Mt 26,59-66; Mc 14,53-64), se intenta acusarle de blasfemo; pero las acusaciones son tan inconsistentes que no pueden ofrecer un pretexto razonable para condenarlo. Por eso el Sanedrín sonsaca al Señor una declaración comprometedora.

Aquí se ve también una diferencia entre Mateo-Marcos y Lucas. Según los dos primeros, la pregunta es única: *¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios?*. En cambio, la redacción de San Lucas es más matizada. Primero se le pregunta si es el Cristo, el Mesías, a lo que Jesús responde citando la visión celestial del profeta Daniel: *Veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios (Dan 7,13)*. Esto provoca la pregunta fatal: El Sanedrín le obliga a declarar su condición divina en sentido estricto. Propiamente llamarse Mesías no constituía una blasfemia; tampoco llamarse hijo de Dios, entendiendo esta frase en sentido amplio. La respuesta de Jesús no sólo da testimonio de ser el Mesías, sino que aclara la trascendencia divina de su mesianismo, al aplicarse la profecía de Daniel. De ahí la reacción airada y un poco teatral del Sumo Sacerdote al rasgarse las vestiduras (Mc 14,63). Al declararse Hijo de Dios incurre en blasfemia, pues, en el credo judío, Dios “no tiene esposa ni hijos”.

Ahora bien, la blasfemia estaba castigada con la pena de muerte, y precisamente, la ejecución de esta pena el “*ius gladium*” (derecho a usar la espada) había sido prohibido a las autoridades judías, y estaba reservado a las autoridades romanas. Esto hizo moverse al Sanedrín hacia el Gobernador Poncio Pilato.

7.5 Jesús ante Pilato (23,1-7)

¹Y levantándose todos ellos, le llevaron a Pilato. ²Comenzaron a acusarle diciendo: “Hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributos al César y diciendo que él es Cristo Rey. ³Pilato le preguntó: “¿Eres tú el Rey de los judíos?”. Éste le respondió: “Sí, tú lo dices”. ⁴Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente: “Ningún delito encuentro en este hombre. ⁵Pero ellos insistían diciendo: “Solivianta al pueblo, enseñando por toda Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí”. ⁶Al oír esto, Pilato preguntó si aquel hombre era galileo. ⁷Y al saber que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, que por aquellos días estaba también en Jerusalén.

En el Tercer Evangelio aparece más palmariamente la iniquidad de los judíos al cambiar la acusación ante Pilato. Para atraerse la atención del Gobernador, los jefes hebreos avanzan tres acusaciones que debían interesar a la autoridad romana: animar una revuelta, prohibir el pago de las tasas imperiales (Lc 20,29-26) y proclamarse rey: Jesús no había cometido ninguno de estos delitos, pero las acusaciones eran serias, y se utilizarían para transformar una cuestión religiosa en una ofensa política, que era la única que podía llevar a una condena romana. Además las presentan de manera que una sentencia favorable al reo pudiera interpretarse en Roma como un delito de lesa majestad. Así lo recoge San Juan: *Si sueltas a ese, no eres amigo del César, pues todo el que se hace rey va contra el César (Jn 19,12)*.

Para urdir las acusaciones con visos de verdad acuden al procedimiento de las medias verdades, sacadas de su contexto e interpretadas tendenciosamente. Jesucristo había enseñado: *“Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Mt 22,21)*, y había predicado que su condición de Mesías, además de Profeta y Sacerdote, incluía el ser Rey; pero el mismo Jesús había precisado reiteradas veces que esta realización era espiritual y, en consecuencia, había rechazado con energía los intentos del pueblo por nombrarle rey (cf. Jn 6,15)

Los romanos eran muy tolerantes en cuestiones religiosas con los pueblos dominados y no se entrometían en estos asuntos mientras no hubiera alborotos de orden público. La conclusión de Pilato, *“ningún delito encuentro en este hombre”* sugiere un diálogo más largo que el referido en la narración de Lucas, seguramente el que relata San Juan, incluidas las palabras *mi reino no es de este mundo (Jn 18,36)*.

Se ha acusado a los evangelistas de ser “filorromanos”, es decir, de cargar la responsabilidad de la muerte de Jesús más en la maldad de los judíos que en la cobardía de Pilato. En todo caso, en el relato de San Lucas el Gobernador no sale bien parado, porque, después de declarar públicamente la inocencia de Jesús, intenta desentenderse enviándolo a Herodes, cuya presencia en Jerusalén era circunstancial y no tenía ninguna jurisdicción sobre Jesús.

7.6 Jesús ante Herodes (23,8-12)

⁸Cuando Herodes vio a Jesús se alegró mucho, pues hacía largo tiempo que deseaba verle, por las cosas que oía de él, y esperaba presencias alguna señal que él hiciera. ⁹Le preguntó con mucha palabrería, pero él no le respondió nada. ¹⁰Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándolo con insistencia. ¹¹Pero Herodes, con su guardia, después de despreciarle y burlarse de él, le vistió un espléndido manto y lo remitió a Pilato. ¹²Aquel día Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes estaban enemistados.

Sólo Lucas refiere este episodio. Aunque Jesús pasaba por galileo –para la gente sus padres eran de Nazaret- Herodes no tenía jurisdicción alguna en un proceso que se llevara a cabo en Judea. Pilato toma al vuelo esta ocasión para intentar librarse al menos en parte de esta molesto asunto sobre un mesías judío. Al mismo tiempo habría complacido a Herodes por esta señal de deferencia y quizás habría reducido así la desconfianza del monarca respecto al gobernador. En todo caso, le sirve para negociar una amistad útil en su carrera política. En los Hechos de los Apóstoles, el otro libro de San Lucas, se evoca también este episodio, donde la comunidad cristiana ve realizado el Salmo 2,2, en una especie de complot entre Pilato, Herodes y los jefes hebreos:

En esta ciudad, (Jerusalén) se han aliado, contra tu santo Hijo Jesús al que ungiste, Herodes y Poncio Pilato con las naciones y con los pueblos de Israel, para llevar a cabo cuanto tu mano y tu designio habían previsto que ocurriera (He 4,27-28)

La actitud del Señor ante Herodes Antipas va a ser muy distinta de la que tiene con Pilato. Herodes era un hombre supersticioso, sensual y adúltero. A pesar de su estimación por Juan el Bautista, lo había mandado decapitar atendiendo los ruegos de Salomé (Mc 6,14-29). Ahora intenta servirse de Jesús para su entretenimiento. Quiere verle como quien desea presenciar una sesión de magia. Jesús no contesta a sus preguntas hechas con palabrería adulatoria. La postura del Salvador es de sencillez y grandeza y, por otra parte, de severidad. Su silencio elocuente es el castigo ejemplar para este tipo de conductas. Herodes se siente menospreciado por este silencio y reacciona poniendo al Señor un vestido blando en señal de burla. La ascética cristiana ha visto en esta escena el silencio de Dios a los corazones impuros, en contraste con la promesa *Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios (Mt 5,8)*.

7.7 Jesús de nuevo ante Pilato (23,13-25)

¹³Pilato convocó a los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo ¹⁴y les dijo: Me habéis traído a este hombre como alborotador del pueblo, pero yo le he interrogado delante de vosotros y no he hallado en este hombre ninguno de los delitos de que le acusáis. ¹⁵Ni tampoco Herodes, porque nos lo ha remitido. Nada ha hecho, pues, que merezca la muerte. ¹⁶Así que le castigaré y le soltaré. ⁽¹⁷⁾ ¹⁸Toda la muchedumbre se puso a gritar a una: “¡fuera ése y suéltanos a Barrabás!” ¹⁹Éste había sido encarcelado por un motín que hubo en la ciudad y por asesinato. ²⁰Pilato les habló de nuevo, intentando librar a Jesús, ²¹pero ellos seguían gritando: “¡Crucifícale, crucifícale!” ²²Por tercera vez les dijo: “Pero ¿qué mal ha hecho éste? No encuentro en él ningún delito que merezca la muerte; así que le castigaré y le soltaré”. ²³Pero ellos insistían pidiendo a grandes voces que fuera crucificado y sus gritos eran cada vez más fuertes. ²⁴Pilato sentenció que se cumpliera su demanda. ²⁵Soltó, pues, al que habían pedido, el que estaba en la cárcel por motín y asesinato, y a Jesús se lo entregó a su voluntad.

Los cuatro primeros versículos (13-16) del último episodio del juicio de Jesús son propios del tercer Evangelio. Se comprende, pues en este pasaje Pilato no hace más que comunicar a los jefes judíos los resultados de su consulta con Herodes. Siguen siete versículos en los que Pilato repite que Jesús no es culpable de crimen alguno que merezca la muerte, pero los gritos de los acusadores le arrastran, y el gobernador entrega al acusado a sus enemigos. Lucas evidentemente ha acentuado de nuevo la responsabilidad de los jefes de los judíos: ellos no se conformaban con otra condena que no fuera la pena capital.

El versículo 17 ha sido suprimido en la *Neovulgata*, porque está ausente en los manuscritos más importantes, y debió introducirse en la Vulgata de San Jerónimo por traslación de los pasajes paralelos de

los otros dos sinópticos (Mt 27,15; Mc 15,6). Otro asunto es que existiera de hecho esa costumbre del indulto de un preso por las fiestas de la Pascua. No hay noticias extrabíblicas de esta costumbre; pero eso no quiere decir que no existiera.

La impresión que da este encaramiento entre los judíos y el gobernador es que San Lucas quiere dejar patente la violenta actitud de los jefes del pueblo, hasta el punto de que arrastran a la multitud, multitud que el tercer evangelista deja siempre “bien parada” en su actitud hacia Jesús. Y, por otro lado, queda subrayada la cobardía de Pilato, que por motivos políticos se pliega a la iniquidad de una sentencia que no quería dar.

7.8 Camino del Gólgota y crucifixión (23,26-38)

²⁶ Cuando le llevaban, echaron mano de un cierto simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús. ²⁷ Le seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por él. ²⁸ Jesús, volviéndose a ellas, dijo: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mi; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. ²⁹ Porque llegarán días en que se dirá: ¡Dichosas las estériles, las entrañas que no engendraron y los pechos que no criaron! ³⁰ Y se pondrán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! Y a las colinas: ¡Cubridnos! ³¹ Porque si en el leño verde hacen esto, en el seco, ¿qué se hará?” ³² Llevaban además otros dos malhechores para ejecutarlos con él. ³³ Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. ³⁴ Jesús decía: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”. Se repartieron sus vestidos, echando a suertes. ³⁵ Estaba el pueblo mirando; los magistrados hacían muecas diciendo: “A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido”. ³⁶ También los soldados se burlaban de él y, acercándose, le ofrecían vinagre ³⁷ y le decían: “Si tú eres el Rey de los judíos, ¡sálvate!” ³⁸ Había encima de él una inscripción: “Éste es el Rey de los judíos”.

Lo que cargan sobre los hombros de Simón Cireneo es el *patibulum* o brazo horizontal de la cruz. El palo vertical, seguramente, debía ser fijo en el lugar de las ejecuciones, y se debía utilizar para distintas ejecuciones. Era costumbre conducir a los condenados a través de la ciudad hasta el lugar del suplicio. Si la comitiva salió de la fortaleza Antonia, que estaba en el ángulo noroeste del Templo, el recorrido del Señor sería probablemente el mismo del Via Crucis en la Jerusalén actual. Si su condena fue en el antiguo palacio de Herodes, como sostienen otros intérpretes, entonces sería relativamente corto.

El encuentro y las palabras de Jesús a las mujeres (versículos 27-31) es exclusivo de San Lucas, evangelista que no desaprovecha ninguna ocasión para realzar el papel de las mujeres. Hay que advertir que no se trata de plañideras profesionales, mujeres que cobraban por llorar en los duelos, sino de mujeres sinceramente piadosas, y no sólo del grupo de mujeres galileas que le habían acompañado durante sus correrías evangélicas, sino de mujeres que vivían en Jerusalén. Porque estaba prohibido llorar por los condenados a muerte.

Para muchos intérpretes resulta difícil aceptar la historicidad de este pasaje. Por un lado, les parece un discurso demasiado “largo” para un Jesús que apenas tiene fuerzas para sostenerse en pie y caminar. Por otro, parece una profecía demasiado “clara” sobre la destrucción de Jerusalén. Vienen a argumentar que resulta fácil poner en boca de Jesús una “profecía” que ya se ha cumplido –se trata de la destrucción de Jerusalén en el año 70- cuando San Lucas ordena sus materiales y redacta el Evangelio. A pesar de todo esto, no hay motivos para dudar de su historicidad. En primer lugar, porque el amor de Jesús y su gratitud podían más que sus débiles fuerzas físicas. También podrá más tarde, y con muchas menos fuerzas, dirigirse a su Madre, a Juan y al Buen Ladrón.

En cuanto a la claridad de la profecía sobre la ruina de Jerusalén, Jesús ya lo había hecho en ocasiones anteriores, por ejemplo, en su llanto sobre la ciudad:

Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: «¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora ha quedado oculto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, y te estrellarán

contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita (Lc 19,41-44).

En cuanto a la imagen *leño verde, leño seco*, no es original de Jesús, sino común en la simbología religiosa de los judíos. En los escritos rabínicos encontramos la siguiente frase:

Si el fuego se agarra incluso en el leño (o árboles) verde, ¿qué hará en los secos (áridos)?
(TWNT 5, pag. 8)

Se dice de Rabbí José b. Jo'ezer, (hacia el año 150 a.C.), que, conducido al suplicio, habría dicho a su sobrino:

Si esto sucede a los que hacen su voluntad, ¿qué pasará con los que le ofenden?(ibidem)

En cuanto al contenido de la profecía, la destrucción de Jerusalén, bastaría con repasar la espeluznante descripción que el historiador judío Flavio Josefo hace en su obra *Bellum judaicum*, para comprobar que Jesús no hizo, ni en ésta ni en anteriores ocasiones, ninguna exageración. Es uno de los episodios más encarnizados de la historia de la humanidad. En medio del asedio a que el general romano Tito había sometido a la ciudad santa, cortando todos los suministros de agua y alimentos, sucedió esta escena:

Un día, pasando algunos zelotas por unas callejuelas de la ciudad sepulcral, sintieron un olor de asado que salía de una casa. Ante el perfume arrobador, se precipitaron dentro; hallaron una mujer aún viva; la amenazan con degollarla al instante si no les entrega su alimento: La mujer les presenta su alimento. Era su propio hijo, niño de pecho, que en el frenesí del hambre había matado ella misma, lo había asado, medio se lo había comido y ahora alargaba la mitad restante a aquellos que se llamaban los “celosos” siervos de Yavé. El hecho no era nuevo en Israel; pero ante tan espantoso alimento hasta los sicarios temblaron. Pronto se difundió por la ciudad la noticia del suceso inaudito; hasta llegó a oídos de Tito, que, invocando a Dios por testigo, protestó que aquel crimen recaía sobre los obstinados a quienes inútilmente ofrecía la paz, y juró que sepultaría semejante infamia entre las ruinas de la ciudad entera. La desgraciada madre era una tal María, de noble y rica familia de Beth-Ezob, en Transjordania, que había venido a Jerusalén y había quedado encerrada allí durante el asedio (FLAVIO JOSEFO: La guerra judía, 6, 3, 3-4).

San Lucas suaviza el apelativo de “ladrones” de Marcos, con el de “malhechores”, que le sirve, a su vez, para relacionarlos con la cita de Isaías: ***fue contado entre los malhechores (Is 53,12)***. Es también el único que recoge estas palabras de Jesús: ***Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen***. Por esto, y por muchas razones más, se llama a Lucas el evangelista de la *misericordia*. Con esta oración, Jesús practica lo que Él mismo había predicado sobre el amor a los enemigos (Mt 5,44-45) y sobre el perdón de las ofensas (Mt 6,12-15; 18,21-35).

Sobre el ***no saben lo que hacen***, no cabe duda de que los responsables directos tenían conciencia clara de que estaban condenando a un inocente, cometiendo un homicidio; pero no entendían, en aquellos momentos de apasionamiento, que estaban cometiendo un deicidio. En este sentido, San Pedro dirá a los judíos, para facilitarles el arrepentimiento, que obraron ***por ignorancia (He 3,17)*** y San Pablo añade que de haber conocido la sabiduría divina, ***nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (1 Cor 2,8)***. El primer mártir cristiano, San Esteban, imitará en el momento de su muerte la actitud del Maestro, suplicando el perdón divino para sus verdugos (He 7,60). En toda la historia de los mártires, hasta los más recientes, se descubre la caridad heroica de la víctima que muere perdonando a sus enemigos. Un ejemplo muy cercano: en la Guerra Civil Española numerosos sacerdotes fueron fusilados en el momento en que alzaban la mano para bendecir al pelotón de ejecución. El examen de los cadáveres muestra perforaciones de bala en la palma de la mano derecha.

De aquí cabe sacar una conclusión: No hay nada en la Tradición cristiana que justifique, aliente o encubra ninguna clase de antisemitismo: el Maestro murió perdonando a los judíos. Más aún, la Iglesia no duda en imputar a los cristianos la responsabilidad más grave en el suplicio de Jesús, responsabilidad con la que algunos, con demasiada frecuencia, han abrumado únicamente a los judíos. Así lo dice el *Catecismo Romano*:

Debemos considerar como culpables de esta horrible falta a los que continuaban cayendo en sus pecados(...). Y es necesario reconocer que nuestro crimen es en este caso mayor que el de los judíos (Catecismo Romano, 1, 5, 11).

La expresión “Cristo de Dios” del v. 35 no aparece ni en los otros Evangelios ni en los Hechos de los Apóstoles, donde lo más común es “Hijo de Dios”, como, por ejemplo, en el relato de la Transfiguración, donde se dice: *Este es mi hijo, el elegido (Lc 9,35).*

7.9 Súplica de un malhechor y muerte de Jesús (23,39-49)

³⁹Uno de los malhechores colgados le insultaba: “¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!” ⁴⁰Pero el otro le reprendió diciendo: “¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena?” ⁴¹Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho. ⁴²Y decía: “Jesús, acuérdate de mí cuando vayas a tu Reino”. ⁴³Jesús le dijo: “Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso”. ⁴⁴Era ya cerca de la hora sexta cuando, al eclipsarse el sol, la oscuridad cayó sobre la tierra hasta la hora nona. ⁴⁵El velo del Santuario se rasgó por medio ⁴⁶y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu” y, dicho esto, expiró. ⁴⁷Al ver el centurión lo sucedido glorificaba a Dios diciendo: “¡Ciertamente, este hombre era justo!”. ⁴⁸Y todas las gentes que habían acudido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvieron golpeándose el pecho. ⁴⁹Estaban a distancia, viendo estas cosas, todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea.

Los judíos llamaban “colgar” a la ejecución en la cruz o en la horca, añadiendo, por lo general, “en un madero” o “en un árbol”.

Mientras que en Marcos *también los que habían sido crucificados con él le insultaban* (Mc 15,32b), en Lucas lo hace uno solamente, con palabras que a su modo representan a Cristo como Rey-Mesías, de quien se espera la salvación. La expresión “le insultaba” traduce el griego “eblasphemen”. La blasfemia, en términos evangélicos es un pecado gravísimo, que significa la desconfianza en el poder salvador de Dios. Por eso dice Jesús: *Todo pecado puede perdonarse a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no se perdonará ni en esta vida ni en la otra. (Mt 12,31-32)*

Por el contrario, la oración del “buen ladrón” es notable por su simplicidad y parece apelar a un Mesías trascendente, que puede ofrecer una salvación en un Reino que no es de este mundo. Tanto si se prefiere la traducción “cuando vengas como Rey” como “cuando vengas a tu Reino”, se trata de una confesión de confianza en Jesús. Es notable que la oración del buen ladrón no se dirige a Dios, sino a Jesús, en quien nuestro suplicante reconoce al menos vagamente al Rey-Mesías, ayudado por la inscripción que motiva su condena. Él no pide que se le perdonen los pecados, quizás porque para un judío la muerte es ya expiación de los pecados. Puede ser una verdad consoladora para los creyentes cristianos que mueren íntimamente unidos a Cristo en su Pasión.

La respuesta de Jesús no se hace esperar: *Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso.* *Paradeisos* deriva de la antigua lengua persa: *pairi-daeza* significa jardín cerrado, parque. Sólo aparece tres veces en el Nuevo Testamento (8; 2 Cor 12,3; Ap 2,7.). Muchos comentaristas piensan que el “paraíso” del buen ladrón sería como el seno de Abrahán (Lc 16,22), es decir, el lugar de reposo de los justos antes de la resurrección, pues los judíos no conocían la revelación de la glorificación del alma después de la muerte, sino que sólo esperaban en la resurrección de los muertos al fin del mundo, como demuestra el diálogo de Jesús con la hermana de Lázaro:

Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le respondió: Ya sé que resucitará en la resurrección, en el último día. Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque hubiera muerto, vivirá (Jn 11,23-25).

Como escribirá San Ambrosio a propósito de este pasaje:

“Ubi Christus, ibi vitam, ibi regnum”: Donde está Cristo, allí está la vida, allí está el Reino.

Vamos a considerar ahora las dos señales extraordinarias que acompañan a la muerte de Jesús: el oscurecimiento de la tierra y la ruptura del velo del templo. Como de costumbre, los exegetas de la escuela liberal afirman que se trata de fábulas, de alegorías inventadas. Es su manera de resolver la explicación de hechos sobrenaturales: negarlos.

San Lucas (y San Marcos) lo presentan como un fenómeno milagroso porque sucede al mediodía. Jesús fue enclavado hacia la hora sexta (las doce del mediodía) y murió a la hora nona (las tres de la tarde), es decir cuando más luz hay. Señala este hecho la magnitud del deicidio que se está cometiendo. La expresión “toda la tierra” significa todo el horizonte inmediato, sin precisar con detalle sus fronteras. La expresión “el sol se eclipsó” hay que descartarla en sentido literal, astronómico, pues la fecha de la Pascua viene a coincidir con la fase de luna llena, durante la cual es imposible que se produzcan eclipses, ni siquiera parciales, de sol. La interpretación común del significado de este suceso es doble y complementaria. Orígenes (*In Matth. Comm., 143*) entiende que es manifestación de la oscuridad espiritual que sobrevendría al pueblo judío en castigo por haber rechazado –crucificado– al que es la luz verdadera. San Jerónimo (*Comm. In Matth. In loc.*) explica que las tinieblas expresan más bien el luto del universo por su Creador, la protesta de la naturaleza contra la muerte injusta de su Señor. Esta última interpretación está en consonancia con la doctrina de San Pablo acerca del pecado humano como esclavizador de la naturaleza entera (Rom 8,19-22).

En cuanto a la ruptura del velo del templo hay que recordar que el recinto propiamente sagrado del Templo de Jerusalén tenía dos partes: la primera llamada “el Santo”, donde sólo podían entrar los sacerdotes para determinadas funciones litúrgicas; la segunda era llamado el “Santo de los Santos” (*Sancta Sanctorum*). Esta era la estancia más sagrada, donde antiguamente había estado el Arca de la Alianza, la cual guardaba en su interior las tablas de la Ley. Sobre el Arca estaba el “propiciatorio” con dos figuras de querubines. Sólo una vez al año tenía acceso a este recinto el sumo sacerdote en el gran día de la expiación, para realizar el rito de la purificación del pueblo. El velo del Templo se refiere a la gran cortina que separaba ambas estancias.

El hecho prodigioso de rasgarse el velo del Templo, aparentemente sin más importancia, está lleno de sentido teológico, que ahora se nos escaparía (¿Cómo valorarán, por ejemplo, las generaciones próximas la caída del muro de Berlín?). Significa de modo manifiesto que con la muerte de Cristo ha caducado el culto de la Antigua Alianza (Cfr. Heb 9,1-14). El culto que agrada al Padre –en espíritu y en verdad (Jn 4,23)– se tributa a través de la Humanidad de Cristo, que es Sacerdote y Víctima a la vez. Y los numerosos sacrificios cruentos (con derramamiento de sangre) son definitivamente sustituidos por el de la Sangre de Cristo en la cruz.

San Lucas, que había omitido la anterior frase de Jesús (*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*) tomadas del salmo 21, es el que registra esta otra: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*, tomada del salmo 31, que forma parte de la oración hebrea de la noche. Nuevamente San Lucas muestra a Jesús como un modelo para los cristianos, sobre todo a la hora de la muerte, con frecuencia representada como un sueño (Cfr. Mt 9,24).

Por otro lado, y a diferencia de Mateo y Marcos, que presentan la muerte de Jesús acompañada de un fuerte grito inarticulado (Mt 27,50; Mc 15,37), San Lucas la presenta con rasgos más pacíficos (“expiró”) sugiere con mayor claridad todavía el carácter voluntario de la muerte de Cristo.

En cuanto a la exclamación del centurión, hay una divergencia notable entre San Marcos (Mc 15,47) y San Lucas. San Marcos relata: *¡Verdaderamente este hombre era hijo de Dios!*; pero la expresión de San Lucas, *este hombre era justo* (en griego “dikaios”) es más fácil de atribuir al funcionario romano. Se puede entender justo en el sentido de inocente, que se conforma más con el contexto, porque Lucas ha insistido durante todo el proceso en la inocencia de Jesús. Quizás el centurión dijera realmente “hijo de Dios”, y quizás San Lucas lo omitiera para evitar la sugerencia de que Cristo fuera un semidiós en el sentido pagano.

En cuanto a *la multitud que al contemplar lo ocurrido, regresaba golpeándose el pecho*, puede ser tanto una expresión de arrepentimiento como de aflicción: los seres humanos normalmente se

compadecen cuando ven otros seres humanos en trance de muerte, en particular cuando se trata de una ejecución injusta. Muchos de los presentes en la muerte de Jesús sabían con toda seguridad que había sido condenado con acusaciones falsas o sin relación con la sentencia emitida. Por lo demás, aquí aflora de nuevo un tema recurrente en el evangelio de Lucas: la bondad de las muchedumbres.

Y, finalmente, la insoslayable referencia lucana a las mujeres en el versículo 49, que prepara la noticia del versículo 55 y corresponde al honroso papel que el Evangelista siempre les atribuye. No refiere sus nombres, pero los sabemos por los otros evangelistas (Mt 27,56 y Mc 15,40-41): María Magdalena, María la madre de Santiago y José, y Salomé. Estas mujeres, a las que seguramente no dejaron acercarse los soldados en el momento de la crucifixión, perseveran lejos ante la Cruz y se acercan después al pie de ella (Jn 19,25) llenas de valentía, a impulsos de su profundo amor a Jesucristo.

7.10 La sepultura de Jesús (23,50-56)

⁵⁰Había un hombre llamado José, miembro del Consejo, hombre bueno y justo, ⁵¹que no había asentido al consejo y proceder de los demás. Era de Arimatea, ciudad de Judea, y esperaba el Reino de Dios. ⁵²Se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús ⁵³y, después de descolgarlo, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro excavado en la roca en el que nadie había sido puesto todavía. ⁵⁴Era el día de la Preparación, y apuntaba el sábado. ⁵⁵Las mujeres que habían venido con él desde Galilea fueron detrás y vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo. ⁵⁶Y regresando, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron según la Ley.

Además de justo e influyente (miembro del Sanedrín), sabemos que José de Arimatea era rico (Mc 25,57), y ello explica que pudiera obtener del Pilato el cuerpo de Jesús, en contra de la costumbre romana de dejar que los crucificados se descompusieran, para escarmiento ajeno, en el lugar del suplicio, y que poseyera un sepulcro propio, labrado en roca y en un huerto muy cerca de la muralla de la ciudad. Los judíos tenían tal respeto por el cuerpo que sepultaban incluso a los ajusticiados antes de la puesta del sol.

8 La Resurrección del Señor

8.1 Sinopsis de los acontecimientos de la Resurrección

Como si de un *Via Crucis* glorioso se tratara, podemos ordenar las apariciones de Jesús resucitado en catorce escenas: El *Via Lucis*.

Referencia	Escena
Mt 28, 1-7. ; Mc 16, 1-8; Lc, 24, 1-9; Jn 20, 1-2.	La Resurrección del Señor
Jn 20, 10-18; Mc 16, 9-11; Mt 28, 9-10.	El encuentro con María Magdalena
Mt 28, 8-10.	La aparición de Jesús a las santas Mujeres
Mt 28, 11-15.	Los soldados custodian el sepulcro de Cristo
Jn 20, 3-10	Pedro y Juan contemplan el sepulcro vacío
Lc 24, 36-43; Mc 16, 14-18; Jn, 20, 19-23.	Jesús en el Cenáculo muestra sus llagas a los Apóstoles.
Lc 24, 13-32	En el camino de Emaús
Jn 20, 19-23; Mc 16, 14; Lc 24, 36-45	Jesús da a los Apóstoles el poder de perdonar los pecados.
Jn 20, 26-29	Jesús fortalece la fe de Tomás
Jn 21, 1-6a	Jesús resucitado en el lago de Galilea

Jn 21, 15-19	Jesús confirma el primado de San Pedro
Mt 28, 16-20; Lc 24, 44-48	Jesús encarga su misión a los Apóstoles
He 1, 9-11; Mc 16, 19-20; Lc 24, 50-53	Jesús asciende al cielo
He 2, 1-4	La venida del Espíritu Santo en Pentecostés

8.2 Estructura del capítulo 24 de San Lucas

El último capítulo de San Lucas se caracteriza por una fuerte unidad literaria: Todos los acontecimientos relatados suceden el mismo día, el primero de la semana, y todo se concentra en Jerusalén en un único tema: ¡Jesús está vivo!. Se puede dividir Lc 24 en cuatro partes:

1. Las mujeres en la tumba (versículos 1-12)
2. Los discípulos de Emaús encuentran a Jesús (13-35)
3. Los apóstoles le ven vivo (36-49)
4. Jesús abandona este mundo (50-53).

El mismo san Lucas dice en otro lugar que la duración de las apariciones fue de cuarenta días (He 1,3). La secuencia de un día en Lc 24 constituye una unidad literaria, no cronológica: Lucas ha querido reunir en ese día la totalidad de la revelación pascual.

8.3 Las mujeres en la tumba (24,1-12)

¹El primer día de la semana, muy de mañana, llegaron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. ²Pero encontraron que la piedra había sido retirada del sepulcro, ³y entraron, pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. ⁴No sabían qué pensar de esto, cuando se presentaron ante ellas dos varones con vestidos resplandecientes. ⁵Como ellas temiesen e inclinasen el rostro a tierra, les dijeron: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?” ⁶No está aquí, ha resucitado. Recordad cómo los habló cuando estaba todavía en Galilea diciendo: ⁷“Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y sea crucificado, y al tercer día resucite”. ⁸Y ellas recordaron sus palabras. ⁹Regresando del sepulcro anunciaron todas estas cosas a los Once y a todos los demás. ¹⁰Las que decían estas cosas a los apóstoles eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas. ¹¹Pero todas estas palabras les parecían como desatinos y nos les creían. ¹²Pedro se levantó y corrió al sepulcro. Se inclinó, pero sólo vio las vendas y se volvió a su casa, asombrado por lo sucedido.

La última frase del capítulo anterior, el 23, decía al lector que las mujeres observaron el reposo, según la ley. Para los cristianos éste sería el último sábado observado según la antigua economía. De ahora en adelante el día del Señor será el primer día de la semana, el día de la resurrección. Lucas no dice, como Marcos (Mc 16,1), que las mujeres **compraron perfumes**. Lo habían preparado todo antes del sábado (Lc 23,56). De esta forma podían dirigirse a la tumba **muy de mañana**, al día siguiente del sábado. Los tres sinópticos dicen casi lo mismo, aunque las mujeres podían haberse dirigido a la tumba después de la puesta de sol, el día precedente.

San Lucas dice claramente que habiendo entrado en la tumba, las mujeres **no hallaron el cuerpo**. Mientras estaban todavía inseguras, es evidente que para Lucas y para la Iglesia primitiva, la tumba vacía significaba que Cristo había resucitado; es decir, que no se les pasaba por la cabeza otra posibilidad, la apuntada precisamente por San Juan en la aparición de Jesús a María Magdalena: la de que alguien hubiera robado el cuerpo de Jesús.

Lo cierto es que el sepulcro vacío es una prueba de primer orden del hecho de la Resurrección. Aunque la Resurrección del Señor es un misterio estrictamente sobrenatural, tiene, sin embargo unos aspectos

exteriores que caen bajo la experiencia sensible: muerte, sepultura, sepulcro vacío, apariciones, etc. Y en este aspecto es un hecho demostrado y demostrable. A la pregunta de si la Resurrección de Jesús es un hecho histórico o una verdad de fe, hay que responder que las dos cosas

Los *dos varones con vestidos resplandecientes* son, evidentemente, seres sobrenaturales. El adjetivo “resplandeciente”, “astrapsousê”, es semejante al de la descripción de Moisés y Elías en la transfiguración del Tabor. También aparecen *dos hombres vestidos de blanco* en la narración de la ascensión (He 1,10). Paralelamente, en San Juan, María Magdalena ve *dos ángeles con vestidos blancos, sentados... donde había estado depositado el cuerpo de Jesús (Jn 20,10)*, presentados, por tanto con figura humana. Distintos comentaristas sostienen que los dos visitantes angélicos se mencionan por analogía con los testigos humanos: eran necesarios dos para un testimonio válido.

San Lucas dice que las mujeres tuvieron miedo al ver a los visitantes e inclinaron el rostro a tierra, como las personas que tienen visiones. La frase *¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?* Era una frase conocida en la literatura rabínica: *buscar a los muertos entre los vivos*, a la que San Lucas da la vuelta para convertirla en el primer anuncio gozoso de la Resurrección.

En cuanto a las mujeres, San Lucas ya las había mencionado varias veces en relación con el Calvario (Lc 23, 49.55; 24,1ss). Por primera vez, en el versículo 10, cita nombres. Se conocía ya el de María de Magdala o Magdalena y el de Juana, “la mujer de Cusa” (Lc 8,2-3), ambas presentes en la tumba. La tercera es María, madre de Santiago, que es seguramente la misma María, mujer de Cleofás, que cita San Juan (Jn 19,25).

A diferencia de Mateo (Mt 28,9s), San Lucas no menciona aparición alguna de Jesús a las mujeres; es más, la explicación de los discípulos de Emaús al irreconocido Viajero da por supuesto de que esa mañana Jesús no se había aparecido ni a las mujeres ni a los apóstoles, como veremos con detalle más adelante. Esta es una de las contradicciones que se hacen patentes al comparar los relatos paralelos de los Sinópticos.

Tales contradicciones no arguyen necesariamente la falsedad de los relatos; más bien al contrario: dan la impresión de estar tan seguros del hecho principal, la resurrección de Jesús, que no les preocupa la diversidad de versiones.

Sobre la visita de Pedro al sepulcro, hay dos divergencias entre este relato y el de San Juan (Jn 20,3-10). Mientras que en éste son Pedro y un discípulo, el que Jesús amaba, corren juntos al sepulcro, en Lc 24,12 Pedro se dirige allí solo. Lucas utiliza raramente el presente histórico, como hace aquí (aunque nuestras traducciones digan *vio* en lugar de “ve”). Esto hace pensar que, a pesar de las diferencias, Lucas y Juan beben de una tradición oral común, al menos en este punto.

La segunda diferencia es que en San Lucas, el apóstol sólo ve *las vendas por tierra*, mientras que Juan añade *el sudario* que se le había puesto por la cabeza (Jn 20,7).

8.4 La aparición a los discípulos de Emaús (24,13-35)

¹³*Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén,*¹⁴ *y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado.* ¹⁵*Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos;* ¹⁶*pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran.* ¹⁷*El les dijo: «¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?»* *Ellos se pararon con aire entristecido.* ¹⁸*Uno de ellos llamado Cleofás le respondió: «¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?»*¹⁹ *El les dijo: «¿Qué cosas?»* *Ellos le dijeron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo;* ²⁰*cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron* ²¹*Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó.* ²²*El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro,* ²³*y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía.* ²⁴*Fueron también algunos de los*

nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron.»
²⁵**El les dijo: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!**
²⁶**¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?»**²⁷**Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras.**²⁸**Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante.**²⁹**Pero ellos le forzaron diciéndole: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.» Y entró a quedarse con ellos.**³⁰**Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando.**³¹**Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado.**³²**Se dijeron uno a otro: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»**³³**Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos,**³⁴**que decían: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!»**³⁵**Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan.**

La conversación de Jesús con los dos discípulos camino de Emaús resume perfectamente la desilusión de los que habían seguido al Señor, ante el aparente fracaso que representaba para ellos su muerte. En las palabras de Cleofás está recogida la vida y misión de Cristo (v. 19), su Pasión y Muerte (v. 20), la desesperanza de estos discípulos al cabo de tres días (v. 21), y los hechos acaecidos la mañana del domingo (v. 22).

Ya antes Jesús había dicho a los judíos: **Escudriñad las Escrituras, ya que vosotros pensáis tener en ellas la vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mi (Jn 5,39)**. A propósito de este “escudriñad las Escrituras”, el Papa Pablo VI señala que también hoy día el uso frecuente y la devoción a la Sagrada Escritura es una moción clara del Espíritu Santo:

El progreso de los estudios bíblicos, la creciente difusión de la Sagrada Escritura y, sobre todo, el ejemplo de la Tradición y la moción íntima del Espíritu orientan a los cristianos de nuestro tiempo a servirse cada vez más de la Biblia como del libro fundamental de oración, y a buscar en ella inspiración genuina y modelos insuperables (PABLO VI, Exhortación apostólica Marialis cultus, n. 30).

Sorprende que en los Evangelios Jesús se aparezca a los individuos antes que al grupo, y debe corresponder con la verdad. La narración de Emaús, propia de Lucas, es una historia fundamental, y ha sido objeto de muchos estudios siempre. Se ha dicho que es una *misa itinerante*, pues, en efecto, se dan los dos elementos fundamentales de la Eucaristía: el pan de la Palabra y el banquete eucarístico. La primera parte del relato se resume en estas palabras: **les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras**. La segunda parte del relato, la estancia en Emaús, se resume en estas otras: **cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando**.

El hecho de que no reconocieran a Jesús era necesario para permitir el crecimiento, en los discípulos, de las disposiciones necesarias. Aquí, se nos dice expresamente que no lo reconocieron a causa de la tristeza que nublaba su vista.

Jesús, en respuesta al desaliento de los discípulos, va pacientemente descubriéndoles el sentido de toda la Escritura acerca del Mesías. En concreto, el punto álgido es la pregunta: **¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria?** Con estas palabras el Señor deshace la idea que todavía pudieran tener de un Mesías terreno y político, haciéndoles ver que la misión de Cristo es sobrenatural: la Salvación del género humano. Al decir **todos los profetas**, San Lucas se refiere principalmente a las profecías que se refieren al Siervo Doliente, en Isaías, que habían sido olvidadas por los maestros espirituales de Israel, obsesionados por el deseo de un Mesías triunfador.

Muchos Santos Padres han visto en esta acción del Señor una consagración del pan como en la Última Cena. El modo peculiar con que bendice y parte el pan les hace ver que es Él.

La aparición a los discípulos de Emaús es una de las páginas más bellas del Evangelio, e incluso de toda la literatura griega. Pero los seguidores de la *formgeschicht*, la “teoría de la historia de las formas”

la consideran falsa. Dibelius y muchos otros afirman que se trata de una “experiencia interior del Cristo Resucitado” sufrida por Cleofás y aceptada por la comunidad como real. Pero lo cierto es que es más fácil de explicar si se trata de un acontecimiento histórico que si se considera una alucinación colectiva. P. Benoit lo resuelve diciendo: “Cosas así no se inventan”: ¿Por qué precisamente a un discípulo secundario? ¿Por qué tantas explicaciones de Jesús? ¿Por qué tantos detalles sobre el camino, sobre el hospedaje?, etc. El hecho de que parezca una “parábola eucarística” no significa que sea una falsedad histórica.

8.5 Jesús se aparece a los apóstoles y les instruye (24,36-49)

³⁶Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros.» ³⁷Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu. ³⁸Pero él les dijo: «¿Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? ³⁹Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como véis que yo tengo.» ⁴⁰Y, diciendo esto, los mostró las manos y los pies. ⁴¹Como ellos no acabasen de creerlo a causa de la alegría y estuviesen asombrados, les dijo: «¿Tenéis aquí algo de comer?» ⁴²Ellos le ofrecieron parte de un pez asado. ⁴³Lo tomó y comió delante de ellos. ⁴⁴Después les dijo: «Estas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: "Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí."» ⁴⁵Y, entonces, abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras, ⁴⁶y les dijo: «Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día ⁴⁷y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. ⁴⁸Vosotros sois testigos de estas cosas. ⁴⁹«Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Por vuestra parte permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto.»

Esta aparición de Jesús resucitado la refieren San Lucas y San Juan (Cfr Jn 20,19-23). San Juan refiere la institución del sacramento de la Eucaristía, al tiempo que San Lucas subraya la dificultad de los discípulos para aceptar el milagro de la resurrección, a pesar del testimonio de los ángeles a las mujeres (Cfr Mt 28,5-7; Mc 16,5-7; Lc 24,4-11). Es la misma aparición porque tanto Juan como Lucas la sitúan el mismo día de la resurrección. Juan, diciendo: *El primer día de la semana...* Lucas, situándola a continuación del regreso de los discípulos de Emaús: *Mientras ellos contaban estas cosas...*

Jesús se les aparece de improviso, estando las puertas cerradas (Cf Jn 20,19), lo que explica su sorpresa y su reacción. San Ambrosio comenta que

Penetró en el recinto cerrado no porque su naturaleza fuera incorpórea, sino porque tenía la cualidad de un cuerpo resucitado (Expositio..., in loc.).

Entre esas cualidades del cuerpo glorioso, la sutileza hace que el cuerpo esté totalmente sometido al imperio del alma, de modo que puede atravesar los obstáculos materiales sin ninguna resistencia.. Naturalmente, el cuerpo salido del sepulcro no está ya, como la carne, sometido al yugo del pecado, sino del espíritu. Está del tal modo transfigurado y espiritualizado, que San Pablo podrá decir muy bien: *El Señor es espíritu (2 Cor 3,17)*. Pero ese ser espiritual no excluye la forma del cuerpo, la que Jesús tenía en el sepulcro y que es el sujeto de transformación. Sobre la condición de los cuerpos glorificados se sabe muy poco. Algunos fenómenos místicos extraordinarios de orden corporal, comprobados en algunas personas, permiten intuir las condiciones del cuerpo de Cristo glorioso. Así, por ejemplo, se conocen casos de inedia, vigilia, agilidad, bilocación, levitación y sutileza; pero sólo en escasísimas personas que, ya en vida, gozaban de fama de santidad. Con estos fenómenos extraordinarios Dios deja vislumbrar aún en la tierra la condición de que gozarán los justos después de la Resurrección.

Aunque el cuerpo resucitado es impasible y, en consecuencia, no necesita ya de alimentos para nutrirse, el Señor confirma a los discípulos en la verdad de su Resurrección con estas dos pruebas: invitándole a que le toquen y comiendo en su presencia.

Yo, por mi parte, sé muy bien y en ello pongo mi fe que, después de su Resurrección, permaneció el Señor en su carne. Y así, cuando se presentó a Pedro y a sus compañeros, les dijo: Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo. Y al punto le tocaron y creyeron, quedando persuadidos de su carne y de su espíritu. Es más, después de su Resurrección comió y bebió con ellos, como hombre de carne que era, si bien espiritualmente estaba hecho una cosa con su Padre (SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, Carla a los de Esmirna, 3, 1-3).

En el versículo 44 aparece en boca de Jesús el mismo tema de conversación con los de Emaús: ***Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos acerca de mí.*** San Mateo, en su Evangelio, hace continuas referencias del cumplimiento de las profecías en Cristo, porque sus primeros destinatarios eran judíos, para quienes este cumplimiento constituía una prueba manifiesta de que Jesús era el Mesías prometido y esperado. San Lucas no utiliza habitualmente este argumento, porque escribe para los gentiles; sin embargo, en este epílogo recoge sumariamente la advertencia de Cristo que declara haberse cumplido todo lo que estaba predicho acerca de Él.

A continuación refiere la promesa del Espíritu Santo: ***Sabed que yo os envío al que mi Padre ha prometido.*** Aunque San Lucas no se extiende tanto como San Juan en esta promesa (Jn 14,16-17.26; 15,26; 16,7ss), su cumplimiento el día de Pentecostés lo narrará con todo detalle en el libro de los Hechos de los Apóstoles.

La última frase de este pasaje, ***permaneced en la ciudad*** (Jerusalén) ***hasta que seáis revestidos de la fuerza de lo alto***, plantea una seria cuestión: la de si hubo apariciones del Resucitado en Galilea, como testimonian los otros tres evangelios, e incluso una segunda dificultad: Cuál fue el lugar de la Ascensión, si Betania, como dice San Lucas, o un monte de Galilea, como afirman Mateo y Marcos. Esta cuestión la abordaremos en el siguiente capítulo.

8.6 La Ascensión del Señor (24,50-53)

⁵⁰Los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo. ⁵¹Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. ⁵²Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, ⁵³y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios.

San Lucas, que narrará con más detalle al comienzo del libro de los Hechos la Ascensión del Señor a los cielos, resume aquí este misterio con el que termina la presencia visible del Señor en la tierra.

Santo Tomás de Aquino explica:

No era conveniente que Cristo permaneciese en la tierra después de la Resurrección, sino que convenía que subiese al cielo. Aunque su cuerpo resucitado ya tenía la gloria esencial, la ascensión al cielo le confiere un aumento de la gloria de que gozaba, por la dignidad del lugar al que ascendía (Suma Teológica, 3, 57, 1).

En el fondo, Resurrección y Ascensión no son dos acontecimientos diferentes, sino dos “momentos” del mismo y único misterio: la glorificación de Cristo. La tierra de los mortales no es el lugar propio del Cristo glorioso. El lugar de la gloria no es la tierra, sino el cielo. Si durante cuarenta días Jesús se apareció a los Apóstoles y a otros discípulos fue para tomarles por testigos de su Resurrección, para que se supiera que había resucitado.

La dificultad sobre el lugar de la Ascensión (en Betania, según Lucas; en Galilea, según Mateo y Marcos) parece resolverse de esta manera: El pasaje de San Marcos es un añadido, después de San Lucas, y para el relato de la tercera aparición, según San Juan, junto al mar de Galilea, hay tiempo suficiente, cuarenta días, para que los “galileos” regresaran a Jerusalén y asistieran a la Ascensión del Maestro.

8.7 La Ascensión de Jesús en los Hechos de los Apóstoles (1,1-11)

¹El primer libro lo escribí, Teófilo, sobre todo lo que Jesús hizo y enseñó desde un principio ²hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue llevado al cielo. ³A estos mismos, después de su pasión, se les

presentó dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios. ⁴Mientras estaba comiendo con ellos, les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre, «que oísteis de mí: ⁵Que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días». ⁶Los que estaban reunidos le preguntaron: «Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el Reino de Israel?» ⁷El les contestó: «A vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad, ⁸sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.» ⁹Y dicho esto, fue levantado en presencia de ellos, y una nube le ocultó a sus ojos. ¹⁰Estando ellos mirando fijamente al cielo mientras se iba, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco ¹¹que les dijeron: «Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Este que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo.» ¹²Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, el espacio de un camino sabático. ¹³Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago. ¹⁴Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos.

Los versículos 1-5 son el prólogo. San Lucas es el único autor del Nuevo Testamento que ha escrito un prólogo a su obra. Lo hizo –ya lo vimos– para su Evangelio, y lo hace de nuevo, aunque más breve, para los Hechos de los Apóstoles.

San Lucas dedica su nuevo libro a Teófilo, como ya hizo con el Evangelio. La dedicatoria sugiere que Teófilo es un cristiano de posición social acomodada. Podría ser también una figura literaria: *Teófilo*, “amigo de Dios”

Hizo y enseñó. Se sintetiza en estas palabras de modo conciso la obra de Jesucristo, narrada ya en las páginas del Evangelio. Los dos verbos describen el modo en que se da la revelación salvadora de Dios. Dios se anuncia y se manifiesta amorosamente en el curso de la historia humana mediante sus acciones y su voz:

La Revelación se realiza mediante obras y palabras, íntimamente ligadas entre sí; las obras que Dios hace en la Historia de la Salvación manifiestan y confirman la doctrina y lo que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio. La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre transmitida por esta Revelación resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la Revelación (CONCILIO VATICANO II. Constitución Dogmática Dei Verbum, n. 2).

El versículo 3 recuerda brevemente el contenido de Lc 24,13-43, donde se narran las apariciones de Jesús resucitado a los Discípulos de Emaús y a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo.

Se subraya la cifra de cuarenta días, que no es solamente un dato cronológico. El número admite, en efecto, un sentido literal y un sentido más profundo. Los períodos de cuarenta días o años tienen en la Sagrada Escritura un claro significado salvífico (significado que ha pasado, por cierto, a otros ámbitos con la expresión “cuarentena”). Son porciones de tiempo en las que Dios prepara o lleva a cabo aspectos importantes de su actividad salvadora. El diluvio inundó la tierra durante cuarenta días (Gen 7,17); los israelitas caminaron cuarenta años por el desierto rumbo a la tierra prometida (Sal 95,10); Moisés permaneció cuarenta días en la montaña del Sinaí para recibir la revelación de Dios que contenía la Alianza (Ex 24,18); Elías anduvo cuarenta días y cuarenta noches con la fuerza del pan enviado por Dios, hasta llegar a su destino (1 Re 19,8), y Nuestro Señor ayunó en el desierto durante cuarenta días como preparación a su vida pública (Mt 4,2).

Seréis bautizados en el Espíritu Santo. Con razón se ha llamado a los Hechos de los Apóstoles el “Evangelio del Espíritu Santo”. Está fuera de este curso estudiar dicho Libro; pero si lo hiciéramos

veríamos que la figura del Paráclito aparece en todos los sucesos narrados, como “Alma de la Iglesia naciente”.

La pregunta de los Apóstoles, *¿es ahora, Señor, cuando vas a restaurar el Reino de Israel?*, indica que todavía piensan en una restauración temporal de la dinastía de David. La esperanza en el Reino parece reducirse para ellos –como para muchos judíos de su tiempo- a la expectación de un dominio nacional judío tan amplio y universal como la diáspora.

San Juan Crisóstomo comenta:

Pienso que no comprendían claramente en qué consistía el Reino, pues no habían sido instruidos aún por el Espíritu Santo. Observad que no preguntan cuándo llegará, sino ¿Es ahora cuando vas a restablecer el Reino de Israel? Como si la época del Reino hubiese ya pasado. Esta pregunta demuestra que estaban todavía atraídos por las cosas terrenas, aunque menos que antes (SAN JUAN CRISÓSTOMO. Homilías sobre los Hechos, 2).

La respuestas de Jesús es admirable y conmovedora. Lleno de paciencia, les habla del carácter misterioso del Reino y su imprevisible venida, así como de la necesidad que tienen del Espíritu Santo para comprender adecuadamente las enseñanzas que han recibido. Jesús no se impacienta con ellos. Sencillamente les corrige y les instruye.

En el v. 8 se anuncia el plan del libro de los Hechos, que, en cierto modo, plantea un esquema geográfico inverso al del Tercer Evangelio. Si en éste Jerusalén es el punto de llegada de la vida pública de Jesús, que viene de Galilea, aquí Jerusalén es el punto de partida de una misión que se extiende al mundo entero.

A partir del v. 9, San Lucas retoma el final de su Evangelio. La escena de la Ascensión se desarrolla, por así decirlo, entre el cielo y la tierra. San Juan Crisóstomo se pregunta:

¿Por qué le ocultó una nube a la mirada de los Apóstoles? La nube era un signo de que Jesús había entrado ya en los cielos: no fue en efecto un torbellino o un carro de fuego como ocurrió con el profeta Eliseo (Cfr. 2 Re 2,11), sino una nube, que simboliza el cielo mismo (SAN JUAN CRISÓSTOMO. Ibidem.).

En efecto, la nube es un fenómeno que acompaña a las teofanías o manifestaciones de Dios, tanto en el Antiguo (Cf. Ex 13,22.), como en el Nuevo Testamento (Cf. Lc 9,34s).